

La vida real de ocho actores colombianos

MARIÁNGELA URBINA CASTILLA

Trabajo de grado para optar por el título de
Comunicadora Social- periodista

Directora
Maryluz Vallejo Mejía

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA

FACULTAD DE COMUNICACIÓN Y LENGUAJE

CAMPO PROFESIONAL DE PERIODISMO

BOGOTÁ, DC

2014

Bogotá, 24 de noviembre de 2014

Decana
MARISOL CANO BUSQUETS

Estimada decana,

Me complace entregar el trabajo de grado de la estudiante del campo de periodismo, MARIÁNGELA URBINA CASTILLA, titulado **“La vida real de ocho actores colombianos”**. Se trata de una colección de ocho perfiles de actores y actrices consagrados, con los que la autora quiso explorar la naturaleza del artista en su espacio íntimo y laboral desde la perspectiva del periodismo cultural.

Por la riqueza de fuentes, la calidad de la escritura y la creatividad en el manejo del género –que la autora adaptó a cada personaje con una estructura narrativa especial marcada desde el título–, considero que se trata de un trabajo digno de ser publicado, y de hecho, varias de las piezas aparecieron en versión reducida en *El Espectador* en el transcurso de este año, y el perfil de Carlos Muñoz fue publicado en versión completa en la revista *Directo Bogotá* (#46, junio de 2014).

Atentamente,

Maryluz Vallejo Mejía
Profesora Titular
Departamento de Comunicación

**Noviembre 24 de 2014,
Bogotá, DC.**

**Decana,
MARISOL CANO BUSQUETS**

Cordial saludo,

Como requisito para optar por el título de Comunicadora Social con énfasis en periodismo, le presento este trabajo de grado que incluye ocho perfiles periodísticos que buscan retratar la condición del actor en el país. Se titula “La vida real de ocho actores colombianos” y es un esfuerzo, desde lo narrativo, por hablar del ser humano que se esconde detrás de las máscaras del artista.

A su vez, incluyo un marco teórico con las siguientes categorías de análisis, todas útiles para entender el objeto aquí estudiado (los actores) y desarrollar de manera fluida cada uno de los perfiles: subcultura, artista de la actuación, biografía y perfil.

Agradezco su atención

--

Mariángela Urbina Castilla

CC. 1032460608

ARTÍCULO 23

DEL REGLAMENTO ACADÉMICO

—La Universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por sus alumnos en sus tesis de grado. Sólo velará porque no se publique nada contrario al dogma y a la moral católica, y porque las tesis no contengan ataques o polémicas puramente personales. Antes bien, se vea en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia.

FORMATO **PROYECTO** TRABAJO DE GRADO CARRERA DE COMUNICACIÓN SOCIAL

Profesor Proyecto Profesional II:

Maryluz Vallejo Mejía

Fecha: Lunes 26 de mayo de 2014

Calificación:

**Asesor Propuesto: Maryluz Vallejo
Mejía**

**Vo.Bo. Coordinador de Campo
(Opcional):**

**Fecha inscripción del Proyecto ante la Coordinación de
Trabajos de Grado:**

I. DATOS GENERALES

Nombre(s): Mariángela

Apellido(s): Urbina Castilla

Nombre(s):

Apellido(s):

Nombre(s):

Apellido(s):

Modalidad del trabajo:

	Monografía teórica	X	Producto
	Análisis de contenido		Práctica por Proyecto
	Sistematización de experiencias		Asistencia en investigación

**Título del Trabajo de Grado: provisional, corto, creativo, con subtítulo explicativo
La vida real de ocho actores colombianos**

Marque en qué línea de investigación se clasifica su trabajo:

X	Discursos y relatos		Industrias culturales
	Procesos sociales		Prácticas de producción innovadora

II. INFORMACIÓN BÁSICA

A. Problema

- 1. ¿Cuál es el problema? ¿Qué aspecto de la realidad considera que merece investigarse?** En un párrafo conciso plantee el problema que motiva su investigación.

Planteamiento del problema:

Existe en el periodismo una tendencia a descartar las historias. Pocos medios narran, describen o van más allá de las noticias. Los personajes de la realidad nacional se restringen a la inmediatez. Así, el lector no puede conocerlos. Sabe de ellos a través del acontecimiento. El entretenimiento, en particular, se limita a las *chivas*, al escándalo.

No obstante, revistas como *Soho*, el *Malpensante*, *Gatopardo*, *Etiqueta Negra*, *Anfibia* o *Bocas*; y medios digitales como *El Puercoespín* y *Kienyke*, tienden a renovar los estilos usuales de escritura periodística. Le ponen una lupa a los personajes y a través de la narración muestran lo que usualmente no vemos. El formato para llegar a este acercamiento suele ser la entrevista. Pocos son los perfiles creados en periodismo y pocos los que se hacen sobre nuestras estrellas del entretenimiento. Y dentro de todo ese universo que supone el entretenimiento, el objeto de estudio de este trabajo es el actor colombiano, a quien el público desconoce más allá de sus interpretaciones en la pantalla o del inicio de algún nuevo noviazgo. No sabemos de su pasado, de sus miedos, de su caos. Al ser una figura pública, al ser una persona que trabaja con las emociones, vivir en calma para el actor es un reto. Conocer estas historias le hace falta a una sociedad que se olvida tan fácil de sus figuras; y le hace falta a la narrativa periodística colombiana.

La condición humana del actor ha sido nublada con el infoentretenimiento. Representarlo de la manera más honesta posible es mi interés, pues ellos a su vez cargan sobre los hombros una

doble representación social. Representan sus personajes, en los que algunas veces pierden su propia esencia, y al mismo tiempo son representados por el periodismo del espectáculo. En ese juego de representaciones, su condición humana queda desfigurada, perdida entre la fama y las historias que protagonizan.

Actuar, para algunos de los grandes maestros del oficio, es jugar a ser alguien que no soy. Para otros, en cambio, actuar es ser yo mismo. Prestarle a otro mi sonrisa, mis gestos, mi llanto. Seguir siendo yo con el nombre de alguien más. Sea cual sea la definición, la actuación supone una búsqueda permanente del interior del ser humano. Escuchar y observar es fundamental. Por eso los actores son difíciles. Su ocupación es un constante choque emocional y a eso están expuestos. Los actores están diseñados para cambiar de ánimo en segundos. No es un mito que mienten en la vida real. Su capacidad para engañar traspasa las barreras de la escena. El reto de este trabajo también es descubrirlos.

Ponerse en los zapatos de otro y ser real, aunque encierra su técnica, también encierra enigmas. Es una labor reservada para algunos. No todos los que estudian pueden lograr ser buenos. Ya lo dijo el brillante actor Philip Seymour Hoffman en un perfil que le hizo el New York Times en el 2008, cinco años antes de que lo encontraran muerto en su baño por una sobredosis de heroína: *“para mi actuar es tortuoso, y es tortuoso porque tu sabes que es hermoso. Una vez fui joven y dije, esto es hermoso y quiero hacerlo. Querer es fácil, pero tratar de ser grandioso, es una tortura absoluta (...) En la mitad de mis 20 un actor me dijo que actuar no era ningún misterio. ¿Qué no es ningún misterio?, le contesté. Tu debes ser malo. Tienes que ser muy malo porque actuar es un rompecabezas”*.

Esa es la razón por la cual son fascinantes. Porque sus vidas son una construcción mítica y muy pocos conocen la verdad.. En la medida en la que se convierten en figuras públicas el morbo generado a su alrededor estalla. Muchas veces es injustificado, muchas veces sus vidas pueden tener el ritmo de la de cualquiera, pero la gente imagina lo contrario. Por eso quiero contar sus historias.

Lo que caracteriza a los actores escogidos para este libro, es que todos son sobrevivientes del tiempo. Es decir, a pesar de las modas de la televisión y de lo difícil que es vivir de la actuación en Colombia, ellos sobreviven.

2. ¿Por qué es importante investigar ese problema?

Escribir estos perfiles es un reto periodístico. Acercarse a los actores y convencerlos de contar sus secretos no será una tarea fácil, pero esa es la justificación de este trabajo. Es un riesgo que estoy dispuesta a tomar. Quiero despertar de la rigidez del lenguaje periodístico e intentar, hasta donde me lo permita mi capacidad, crear un lenguaje literario. Contar una novela con las historias reales de los actores que estén dispuestos a ‘jugar’ conmigo.

Los personajes de este libro pueden llegar a ser ídolos populares. Pertenecen a la farándula nacional. Salir con ellos es exponerse a estar en medio de miradas y chismes. Su reconocimiento es el de la gente que consume en sus casas televisión nacional. Contarles a ellos la vida de sus estrellas, conocerlos como nunca antes lo habían hecho, leerlos como nunca los leen, es la meta del trabajo.

El interés por la construcción de este libro tiene su origen en dos grandes pasiones. 1) Mi cercanía al mundo del teatro y mi profundo amor por la actuación. 2) Mi interés por el periodismo narrativo. Es lo que prefiero leer, en ello gasto mi tiempo libre.

A su vez, el vacío existente en la literatura académica y periodística sobre la vida de los actores en Colombia también es una motivación. Para este trabajo se seleccionaron 8 actores que han sobrevivido a los avatares del tiempo. Todos nacieron en el teatro y de alguna manera u otra han mutado a través de diferentes formatos. A pesar de lo difícil que es el medio, ellos se mantienen, persisten y viven de la actuación. Sus relatos son un ejemplo de lo que significa actuar en este país, siendo respetuosos de su profesión. Sus luchas tan humanas como las de cualquier otro, contrastan con el misticismo de su carrera y con el ingrediente agregado de sus vidas que es el reconocimiento.

Ambas cosas aparecen mucho antes de la formación académica universitaria. Como me dijo Alejandro Aguilar, el primer actor entrevistado para este trabajo, “*la formación académica te roba el instinto*”. Por eso él nunca estudió, ni siquiera terminó la primaria. En mi caso, es el instinto lo que me mueve a escribir. Esa es la apuesta.

3. ¿Qué se va investigar específicamente?

Específicamente se investigará la condición del actor en Colombia. Para ello, se escogieron ocho actores reconocidos del teatro, la televisión y el cine que cumplen todos con la características de ser unos sobrevivientes del tiempo y de su medio. A continuación una breve biografía de cada uno.

Alejandra Borrero: Nació en Popayán y desde que estaba en el colegio descubrió que su talento era la actuación. Se trasladó a Cali siendo una adolescente. Allí estudió actuación en la Universidad del Valle, donde formó parte de un grupo de actores y directores que hacían cine en esa ciudad. Su primera aparición en la pantalla grande fue en la película *Debajo de las estrellas*, actuación que le valió un galardón a mejor actriz en el Festival de cine de Bogotá en 1988. Posteriormente hizo pequeños papeles en dramatizados como *Cuentos del domingo*. En 1990 dio un gran salto al tener su primer protagónico en la telenovela *Azúcar*. Sin embargo, el papel que la catapultó tanto en Colombia como en distintos países de América Latina fue el antagónico de *Café con aroma de mujer*.

Fabio Rubiano: Nació en Fusagasugá pero desde sus primeros años vive en la capital. Inició estudiando diferentes carreras, pero una vez se probó en el teatro quedó atrapado para siempre. Es uno de los pocos dramaturgos nacionales reconocidos por la crítica internacional. Con su compañía de Teatro Petra, fundada con la actriz Marcela Valencia, Rubiano lleva 30 años de lucha por el teatro en Colombia. La serie 'Vuelo Secreto' le brindó por primera vez reconocimiento en las pantallas colombianas y desde la fecha los papeles antagónicos de cine y televisión lo persiguen cada año.

Carlos Muñoz: Es un primer actor de la televisión colombiana y su relato se convierte en histórico en la medida que su vida también ha sido la vida y la evolución de la televisión en el país. Sus primeros pasos los dio en la Radio Nacional en el grupo escénico infantil, de ahí saltó al grupo de mayores de la Radio Nacional al lado de su padre José Antonio Muñoz. En 1954 cuando llegó la televisión a Colombia, fue de los primeros en aparecer.

Ha recibido el cariño de la gente que lo considera parte de su familia así solo lo vea a través de las pantallas. Distintos reconocimientos lo ratifican como uno de los mejores actores del país.

Flora Martínez: Es la actriz mejor pagada del país actualmente. Empezó a cultivar su talento a los 15 años. Ha ganado dos premios como mejor actriz en festivales internacionales y es reconocida por su talento interpretativo en la pantalla grande. Sensible, madre de una niña y esposa de un músico, esta mujer quedó marcada como una 'bomba

sexual' desde su personaje en la adaptación cinematográfica de la novela Rosario Tijeras, escrita por Jorge Franco.

Robinson Díaz: Es el único actor que puede preciarse de tener un contrato de exclusividad desde hace más de 20 años con una empresa productora en Colombia: Caracol Televisión. Esa estabilidad laboral, tan ajena al resto de sus colegas en el país, le ha permitido mantenerse vigente y recordado por los televidentes. Es un adicto al trabajo y además, un caricaturista por pasión.

Santiago García: Fundador del teatro La Candelaria y, prácticamente, del teatro en Colombia. Su historia es la historia del teatro nacional. Aunque es arquitecto de profesión, García se formó para ser el dios de las tablas. En el colegio ya reconocían su talento como actor, su histrionismo, aunque en su adultez se dedicó a dirigir el primer y auténtico teatro independiente de Colombia. Junto a Patricia Ariza lo ha mantenido vivo a pesar de un millón de dificultades.

Patricia Ariza: Su fuerza y su valentía la han llevado a vivir una vida apasionante. Nadaísta, ex novia de Gonzalo Arango, escritora, rebelde con causa. Es, además, una sobreviviente de la violencia y una líder que impulsa causas aparentemente perdidas.

Enrique Carriazo: Su esencia es la tristeza. Luchar contra ella es el eje de su vida. Aunque junto a Jacqueline Arenal, su esposa, logra sonreír y mantener la calma, sigue constantemente insatisfecho. Por eso escribe. Para crear mundos paralelos. Es uno de los actores mejor pagados del país y se caracteriza en el medio por haber desarrollado su propio método actoral que le permite, después de cada personaje, evaluar sus aciertos y desaciertos.

B. Objetivos

- 1. Objetivo General:** ¿Qué busca alcanzar? Párrafo puntual donde define la meta general que se propone para el trabajo.

Objetivo general

- Retratar al artista de la actuación en Colombia a través de perfiles periodísticos que permitan mostrar el carácter del personaje en su cotidianidad.

2. Objetivos Específicos (Particulares): Especifique qué otros objetivos se desprenden del Proyecto. ¿Qué tipo de metas se propone cumplir para lograr el objetivo general?

Objetivos específicos

1. Comprender la realidad laboral de los actores en Colombia y descubrir si existen patrones comunes en esta esfera.
2. Diferenciar, a través de la narración, los estilos de vida de los actores en cada una de sus plataformas de exhibición: cine, teatro y televisión.
3. Plasmar el carácter de los personajes entrevistados a través de las técnicas periodísticas que requiere el perfil.
4. Crear un libro de perfiles de actores en Colombia.

III. FUNDAMENTACIÓN Y METODOLOGÍA

A. Fundamentación Teórica

1. **¿Qué se ha investigado sobre el tema?** Antecedentes de investigación. Revisión de la bibliografía pertinente. Para trabajos con producción, ¿hay producciones que trabajen el mismo tema o alguno similar?, ¿existen manuales semejantes? ¿Textos de apoyo a su trabajo?. Haga aquí una breve relación crítica de los textos que servirán de apoyo a su trabajo.

Para la creación de este trabajo se elaboró un estado del arte que demuestra que aunque en los medios tradicionales el periodismo narrativo ha sido descartado, existen algunas revistas dedicadas a este género. Autores como Alberto Salcedo Ramos, Leila Guerriero y Julio Villanueva han resultado excelentes modelos en el momento de la escritura del presente trabajo de grado.

A su vez, la tesis de grado de la Universidad Javeriana titulada “La Crítica del teatro en

Bogotá. Historia de un género amenazado, escrita por Julio Enrique de la Hoz ha sido importante a la hora de entender el estado de este género periodístico, la crítica de teatro, que tan relacionada está con la vida de los actores seleccionados”.

Para la construcción de las categorías de análisis y el marco teórico se hizo un viaje por la historia de la actuación y por el desarrollo del género del perfil desde la biografía hasta lo que hoy conocemos. A su vez se hizo una lectura de los principales exponentes de las categorías de análisis que se describirán a continuación.

Operacionalización

Objetivos	Actividades	Tiempo
1. Acercarse a la comprensión de la realidad laboral de los actores en Colombia y descubrir si existen patrones comunes en esta esfera.	Entrevista con Alejandra Borrero, Fabio Rubiano, Carlos Muños, Luces Velázquez y un actor, aún no definido, de La Casa del Artista. Entrevistas a personas que conozcan a los actores.	Las entrevistas con Alejandra Borrero, Fabio Rubiano y Carlos Muños, fueron realizadas en un período de dos meses. Para cada uno de ellos, también se hicieron ya las entrevistas a un pequeño nicho que lo rodea. Luces Velázquez y su nicho: Abril 11-20 Actor Casa del Artista y su nicho: Abril: 20- mayo 5.
2. Diferenciar a través de la narración los estilos de vida de los actores en cada una de sus plataformas de exhibición: cine, teatro y televisión.	Revisión del material grabado. Establecimiento de similitudes y diferencias de mis personajes. Estructuración de los perfiles.	Mayo 5 – mayo 13

3. Plasmar el carácter de los personajes entrevistados a través de las técnicas periodísticas que requiere el perfil.	Construcción de los retratos a través de la narración.	Mayo 13 – mayo Mayo 25
4. Crear un libro de perfiles de actores en Colombia.	Edición final de los textos y diagramación del libro	Mayo 25 – Junio 6. (En caso de que no me alcance el tiempo para la diagramación, la terminaré en Vacaciones)

2. ¿Cuáles son las bases conceptuales con las que trabajará? Qué conceptos, categorías, relaciones conceptuales básicas va a utilizar? Descríbalas brevemente.

Para el desarrollo del presente trabajo abordaré las siguientes categorías de análisis:

- Subcultura
- Biografía
- Perfil
- Artista de la actuación

FORMATO RESUMEN DEL TRABAJO DE GRADO CARRERARA DE COMUNICACIÓN SOCIAL

Este formato tiene por objeto recoger la información pertinente sobre los Trabajos de Grado que se presentan para sustentación, con el fin de contar con un material de consulta para profesores y estudiantes. Es indispensable que el Resumen contemple el mayor número de datos posibles en forma clara y concisa.

FICHA TÉCNICA DEL TRABAJO

Autor (es): Nombres y Apellidos completos en orden alfabético)

Nombre(s): Mariángela

Apellido(s): Urbina Castilla

Nombre(s):

Apellido(s):

Nombre(s):

Apellido(s):

Nombre(s):

Apellido(s):

Campo profesional: Periodismo

Asesor del Trabajo: Maryluz Vallejo Mejía

Título del Trabajo de Grado: La vida real de ocho actores colombianos

Tema central: La condición humana de los actores en el país

Subtemas afines: Periodismo narrativo, qué es un artista de la actuación, perfiles periodísticos, industria del entretenimiento.

Fecha de presentación:

Mes:

Año:

Páginas:

Noviembre

2014

95

II. RESEÑA DEL TRABAJO DE GRADO

1. Objetivo o propósito central del trabajo:

Retratar al artista de la actuación en Colombia a través de perfiles periodísticos que permitan mostrar el carácter del personaje en su cotidianidad.

2. Contenido (Transcriba el título de cada uno de los capítulos del Trabajo)

Introducción: ‘Mi encuentro con el otro que a la vez es otro’. Marco teórico: Subcultura, artista de la actuación, biografía, perfil.

Producto: “Estoy sentada sobre mis sueños: Alejandra Borrero

El teatro a oscuras: Fabio Rubiano

“Ya tengo la sonrisa incorporada: Carlos Muñoz

La esquizofrenia de Robinson Díaz: Robinson Díaz

Cuando Flora habla solo la ven: Flora Martínez

El maestro que olvidó el libreto: Santiago García

El performance de Patricia Ariza: Patricia Ariza

Las Letras tristes de Enrique Carriazo: Enrique Carriazo

3. Autores principales (Breve descripción de los principales autores referenciados)

Francois Dosse, quien ha teorizado sobre los elementos que forman la biografía.

Leila Guerreiro, la mujer del periodismo narrativo más reconocida en América Latina.

Alberto Salcedo Ramos, periodista narrativo reconocido en Colombia y en América Latina por su estilo.

4. Conceptos clave (Enuncie de tres a seis conceptos clave que identifiquen el Trabajo).

Artista de la actuación, periodismo narrativo, perfil.

5. Proceso metodológico. (Tipo de trabajo, procedimientos, herramientas empleadas para alcanzar el objetivo).

La entrevista, como primer paso, fue esencial en el desarrollo de estos perfiles. Una conversación con los ocho actores perfilados en este trabajo permitió acercarse a su condición humana. A su vez, se consultaron distintos autores que han teorizado sobre el perfil, la biografía y el periodismo narrativo, así como autores que han hecho carrera en esto último.

6. Reseña del Trabajo (Escriba dos o tres párrafos que, a su juicio, sinteticen el Trabajo).

Existe en el periodismo una tendencia a descartar las historias. Pocos medios narran, describen o van más allá de las noticias. Los personajes de la realidad nacional se restringen a la inmediatez. Así, el lector no puede conocerlos. Sabe de ellos a través del acontecimiento. El entretenimiento, en particular, se limita a las *chivas*, al escándalo.

El esfuerzo de esta tesis es llenarlos de vida, aislarlos de ese mundo de trivialidades y dotarlos de condición humana. Sus vidas son una construcción mítica y muy pocos conocen la verdad.. En la medida en la que se convierten en figuras públicas el morbo generado a su alrededor estalla. Muchas veces es injustificado, muchas veces sus vidas pueden tener el ritmo de la de cualquiera, pero la gente imagina lo contrario. Por eso quiero contar sus historias.

Lo que caracteriza a los actores escogidos para este libro, es que todos son sobrevivientes del tiempo. Es decir, a pesar de las modas de la televisión y de lo difícil que es vivir de la actuación en Colombia, ellos sobreviven.

III. PRODUCCIONES TÉCNICAS O MULTIMEDIALES

1. Formato (Video, material escrito, audio, multimedia).

Material escrito

2. Duración audiovisual (minutos):

Número de casetes de vídeo:	0
Número de disquetes:	0
Número de fotografías:	8
Número de diapositivas:	0

3. Material impreso

Tipo: Producto
periodístico

Número de páginas:

85

4. Descripción del contenido

El presente trabajo de grado es un producto periodístico que incluye ocho perfiles de actores nacionales. A través de las técnicas del periodismo narrativo pretende dar cuenta del ser humano que se esconde detrás del actor, un artista que es fascinante en tanto trabaja siempre con sus emociones. Para cada uno de ellos se escogió un estilo de escritura que obedece a herramientas heredadas de la literatura y que también responden a la lectura que como autora hice de cada uno de mis personajes.

A su vez, esta tesis tiene un marco teórico en el que las categorías de análisis subcultura, artista de la actuación, biografía, perfil, se constituyen como el punto de partida para la construcción del producto.

Agradecimientos

A Ana Ney y Alaís, por enseñarme las vocales y después el mundo.

A Maryluz, por leer mi historia de las maestras del distrito y creer en ella. Después de eso, empecé a creer un poquito en mí. Por dirigir esta tesis. Por ser Maestra.

A Carlos, Alejandra y Fabio por recibirme sin título de periodista y sin un medio que me respaldara. A Enrique, porque no habla con nadie y habló conmigo. A Flora y Robinson por su amabilidad. A Santiago y Patricia, por prestarme su memoria sin ningún tipo de reparo.

A Juan, por el cine, que es la felicidad.

A Jesús Ernesto, por su poesía, que es tan incomprensible y contradictoria.

Tabla de Contenido

Introducción.....	22
Marco teórico.....	26
Perfiles	
“Estoy sentada sobre mis sueños”	35
Alejandra Borrero	
El teatro a oscuras.....	43
Fabio Rubiano	
“Ya tengo la sonrisa incorporada”	49
Carlos Muñoz	
La esquizofrenia de Robinson Díaz.....	60
Robinson Díaz	
Cuando Flora habla solo la ven.....	67
Flora Martínez	
El maestro que olvidó el libreto.....	73
Santiago García	
El performance de Patricia Ariza.....	79
Las Letras tristes de Enrique Carriazo.....	85
Enrique Carriazo	

Introducción

Mi encuentro con el otro que a la vez es otro

“¿Sabe? Me gustaría ver su carné de la universidad. Es que le pasan a uno tantas cosas... usted lleva dos horas en mi casa y yo no la conozco, ni idea quien es usted”, me dijo Fabio Rubiano en la mitad de nuestra entrevista. Me estaba contando sobre la muerte de Gonzalo, su hermano artista, y de repente frenó, hizo una pausa y vomitó esa pregunta. Fue como si la confianza que habíamos desarrollado en ese par de horas de conversación de repente se hubiera desvanecido. Al fin y al cabo él tenía razón, yo era una desconocida metida en su sala de estar.

—Claro— le dije, y empecé a hurgar entre el desorden de mi mochila. Era la primera entrevista de la tesis, el primero de mis personajes que me decía, *“sí, acepto”*. Todo en mi mochila estaba hecho un caos: la cámara regada, la grabadora también, miles de esferos por si no servía el que llevaba y la billetera refundida.

—No está, la billetera no está— confirmé en mi mente. Sentí todos los colores de mi cara reventarse y no podía ocultarlo. Nunca fui la niña más aventada de mis clases, ni la más espontánea o extrovertida. El periodismo me ha obligado a vencer mis temores de enfrentarme al otro, a pedir favores una y otra vez, a quedar mal, a meterme donde no me están llamando. De niña, le tenía pánico, incluso, a pedir un domicilio. Mi mamá me decía *“llama tú”, “pide tú”, “anda, anda. Rompe la caparazón”*. En el segundo año de carrera la caparazón quedó rota. Descubrí que para contar las historias que quería contar, que para escribir como siempre quise escribir, debía indagar, preguntar, superar mis miedos. Pero en ese momento, en la sala de Fabio Rubiano, un actor que ha merecido siempre mi admiración, sentí que regresaba a esos temores de la infancia: ¡no tenía el carné! Que se abriera la tierra y me consumiera hasta la muerte.

—Lo siento, es que estaba haciendo unas vueltas de banco con mi mamá y ella se quedó sin querer con mi billetera — le dije haciendo un esfuerzo sobrehumano por mirarlo a los ojos. Era la verdad, pero perfectamente podía no creerme. Llevaba dos horas contándome detalles de su

vida, algunas cosas, que, probablemente, nunca habla con desconocidos. Había confiado en mí y yo me sentía muy afortunada. Pregunta tras pregunta iban volviéndose más amplias sus respuestas, más generosas en detalles, más confesoras de pecados, más reveladoras de su personalidad austera, misteriosa y nada rimbombante. Y yo, ahí, sin mi carné de la universidad que demostrara que no era una estafadora, o peor, una fan enamorada en busca de conocer a su estrella de la televisión. ¿Será que está pensando que soy una acosadora, una demente? ¿Será que me va a echar de su casa?

—Bueno, tranquila . Me lo traes otro día. Es que de verdad pasan tantas cosas

—Mira, no tengo el carné, pero tengo la revista Directo Bogotá en la que trabajo.

Llevaba algunos ejemplares en la mochila, que había empacado antes de salir con el ánimo de que conociera la revista de la facultad.

—¡Uy, qué bonito esto!, dijo y la conversación continuó.

Seguimos hablando de Gonzalo y la entrevista pudo avanzar sin más contrariedades. Volví a respirar con relativa normalidad para regresar a él, a concentrarme en él. Me empecé a preguntar qué tanto de lo que me decía era verdad y qué tanto el personaje que ha construido sobre sí mismo. El personaje de tipo descomplicado, el personaje del que lleva una vida normal y que actúa así como podría curar enfermos o enseñar niños. Una profesión como cualquier otra, así entiende Fabio Rubiano su trabajo. Al fin y al cabo es un gran actor, así como lo son todos los personajes seleccionados en esta tesis. Ese día descubrí que seguirles el ritmo, identificarles los juegos, cacharles las mentiras, iba a ser el gran reto.

Al final, Fabio Rubiano me dejó quedarme con algunas de sus fotos y salí de su apartamento, un lugar encantador en La Macarena. Pero no pude irme tranquila, el temita del carné me seguía torturando y quería que él también se quedara tranquilo.

—Mire, aquí está—, pronuncié con dificultad porque subí corriendo todos los pisos de su edificio.

Llamé a mi mamá que estaba por ahí cerca, nos encontramos, me devolvió mis papeles y yo también me devolví a mostrarle mi carné. Él no me esperaba y también resultó incómodo ese segundo encuentro. Nunca supe si fue peor no tener el documento o haber regresado a mostrárselo.

Después de él, ya siempre con mi carné de universitaria, seguí buscando a mis actores. Convenciéndoles de dejarse entrevistar y perseguir por mí. De prestarme los datos de su familia, de dejarse hacer preguntas algunas veces incómodas.

Para mí, llegar a ellos era el gran reto de este trabajo de grado. Siempre quise una tesis que pudiera disfrutar, en la que pudiera combinar tres cosas: mi pasión por la investigación periodística, mi amor por el teatro y mi cercanía con el periodismo narrativo. Yo crecí en Cúcuta. Nunca, ni allá, ni luego durante la universidad, estuve cerca de la farándula. De hecho no tenía contactos previos, ni amigos, ni gente que pudiera recomendarme. Desde los siete años he actuado, pero siempre en el *underground*, nunca he tenido el chance de estar junto a los grandes. Debía buscarlos de cero, convencerlos de cero. La gran pregunta al principio fue: ¿por qué estas figuras de la actuación, con carreras consagradas, todos famosos en su medio y algunos famosos a nivel nacional e internacional, aceptarían que una niña universitaria, sin experiencia, se metiera en sus vidas?

El más dócil y amable resultó ser el más experimentado: Carlos Muñoz. La más perseguida, Alejandra Borrero. Lidar con sus jefes de prensa fue una labor extenuante y en algún momento creí que no lo iba a lograr. Una vez con ella, todo fue muy distinto. Su calidez es embriagante así como su historia.

Ellos tres fueron los primeros. Después, todo cambió. Empecé a hacer mi práctica profesional en la sección cultural de *El Espectador*, y, de repente, alguien como Flora Martínez me buscaba a mí y ya no era yo la que buscaba desesperadamente hablar con ella. Estaba promocionando su más reciente obra de teatro y a través de sus agentes de comunicaciones supe que estaba más que dispuesta a hablarme. Entendí, por primera vez, lo que muchas veces dicen los profesores y la teoría: que los medios de comunicación son una herramienta poderosísima para visibilizar realidades y personas. Y que muchas personas persiguen, como locos, esa visibilización.

Con Santiago García viví una de las experiencias más bellas, tal vez, de la vida: encontrarme de frente con la felicidad. Un hombre feliz, perdido en el tiempo y el espacio, pero feliz. Tal vez su historia es, por su pasado en el teatro, la que mejor se sintonizó con mis sentimientos.

La de su compañera de toda la vida, Patricia Ariza, también me resultó una historia encantadora. De esas que uno quiere contar en reuniones familiares o de amigos. Es la mujer más valiente de esta tesis y a quien admiro profundamente.

Robinson Díaz fue el más difícil de descifrar. Él, como todos y más que todos, es la representación, el ejemplo perfecto de otro que a la vez es otro. Con toda su trayectoria en televisión, con sus escándalos, con su faceta de caricaturista, ha sabido construir un relato sobre el Robinson que quiere ser. ¿O no?

Y ni hablar de Enrique Carriazo. El amablemente evasivo Carriazo con todas sus respuestas. El nostálgico, el que con su historia golpea la cabeza y enseña, enseña mucho. Me enseñó como persona, me enseñó como periodista.

Mi esfuerzo, en estas páginas es alejarlos del lenguaje en el que usualmente están inmersas las historias que sobre ellos se cuentan. “*¡Volvió Robinson Díaz con su esposa!*” “*¡Se volvió a ver con Sara Corrales!*”. Desmitificarlos, aislarlos de la gran industria de las revistas del corazón y el entretenimiento. Humanizarlos, llenarlos de vida. Aprender de ellos y en la medida en la que aprendo de ellos, aprender de mí, tal y como lo afirma Roberto Herrsher. Esa, según él, es la esencia del perfil, y yo le creo. Y a todos los amo y con todos me obsesioné en su momento. Supongo que algo de mi vida también se me quedó en cada una de esas entrevistas, supongo que algo de mí también se quedó en cada línea, en cada esfuerzo por narrarlos. Para hacerlo, revisé algunos relatos que sobre ellos se han escrito. Revistas como Don Juan o Soho han perfilado a algunos y también fue un reto narrativo contar otras cosas o contarlas de otro modo.

Semanas atrás, luego de que en las páginas de *El Espectador* se publicara un fragmento del perfil de Fabio Rubiano, volví a buscarlo, pero esta vez, para que me hablara de su maestro Santiago García. Le escribí por *Whatsapp* para contactarlo. Ya había leído lo que dije sobre él, según me contó. Me dijo que había sido muy bonito encontrárselo.

—*Fabio, hoy le escribo porque estoy interesada en hablar con usted, pero esta vez sobre el maestro García.* — le anoté.

—*Claro. Pero lleva el carné. ¿Bueno?*

Marco teórico

Subcultura:

Insertarse en la vida de otro y tener la capacidad de contarla, es tal vez una de las herramientas que el periodismo se robó de la Historia, la Sociología y la Antropología. Esta última se ha encargado de enseñarnos que el principio filosófico denominado ‘alteridad’ es la mejor forma de narrar a un extraño. En el colegio nos enseñaron a ser tolerantes. Pero tolerar significa soportar pacientemente. Mientras tanto, la alteridad nos muestra que podemos entender al otro como diferente, pero al mismo tiempo, como igual a mi. Lévinas ofrece la alteridad como un modo de vida ético. (Quesada, 2011, p394). En el caso del periodismo, y en particular del periodismo narrativo, la alteridad debe ser el método. Alternar entre el ‘yo’ y el ‘otro’ no podría ser otra cosa que la esencia del perfil.

Para Ryszard Kapuscinsky, el ‘otro’ no es solo el individuo que se opone a mi, sino también un sujeto compuesto de dos entes: su mundo interior, es decir, sus tristezas, sus alegrías y su identidad racial, cultural y religiosa. En su libro, “*Mi encuentro con el otro*”, escribió:

“En este mundo de nuevo cuño, a cada momento nos toparemos con un nuevo otro, que poco a poco irá emergiendo del caos y de la confusión de nuestra contemporaneidad. Es posible que ese Otro nazca de la confluencia de las dos corrientes contrapuestas que influyen decisivamente en la formación de la cultura del mundo contemporáneo: la corriente globalizadora que uniformiza nuestra realidad, y su contraria, la que preserva nuestros hechos diferenciales, nuestra originalidad e irrepetibilidad. Es posible que ese Otro sea su fruto y heredero. Debemos intentar comprenderlo y buscar diálogo con él. Mi experiencia de convivir con Otros, muy remotos, durante largos años me ha enseñado que la buena disposición hacia otro ser humano es la única base que puede hacer vibrar en él la cuerda de la humanidad”. (Kapuszinsky, 2007, p.27)

Para lograr tal alternación, para describir los detalles, las maneras, las palabras o los gestos de ese otro, que en el periodismo se llama personaje, es necesario situarlo en su ambiente, en su contexto. Es allí donde el término subcultura se vuelve fundamental en esta construcción de perfiles. En la medida en que me inserto realmente en la vida del otro, también me inserto en la subcultura a la que pertenece.

El término ha vivido en medio del debate de las Ciencias Sociales. Su origen se sitúa en la década de los 60 cuando nace la exaltación de la juventud. El simple hecho de ser joven se convierte a partir de este momento en un atributo digno de admiración. Los estudios culturales han reconocido que este hecho no es gratuito. La búsqueda de una identidad propia, opuesta al sistema económico dominante y crítica de la guerra es el sentido histórico que se le ha otorgado a la revolución juvenil. Los jóvenes son la representación de la libertad, la autonomía, la autenticidad. Su grito retumba en las paredes de los establecimientos comerciales, pero ellos saben responder: nadie mejor que el mercado para entender las necesidades emergentes y para crear nuevos productos culturales dirigidos especialmente a los jóvenes insatisfechos.

Así, la Academia también se encuentra con la necesidad de estudiar estos nuevos modos culturales. ¿Quiénes son estas personas que no siguen o dicen no seguir las reglas de la mayor parte de la sociedad? ¿Cómo se comportan, cómo viven? El término subcultura le permitió a la Sociología y a la Antropología acercarse a las respuestas que buscaban. (Arce, 2008)

Para el sociólogo británico Dick Hebdige, la emergencia de las subculturas juveniles ha *“marcado espectacularmente el fracaso del consenso en la era de la posguerra. (...) El desafío a la hegemonía representado por las subculturas no emana directamente de ellas: en realidad se expresa sesgadamente en el estilo”*. (Hebdige, 2002. P.33)

Siguiendo a Hebdige, en el estilo queda manifestada la negación de los jóvenes frente a la cultura dominante de la posguerra. Su música, su ropa, su forma de hablar o de comportarse crea el estilo al que se refiere el autor y que a su vez es una forma de rechazo a lo establecido.

No obstante, para los estudios postculturales, la noción de Hebdige del término subcultura se encontraba muy limitada a la juventud inglesa heredera de la Segunda Guerra Mundial. Bajo esta nueva premisa, el concepto empieza a ampliarse. (Arce, 2008) Ya no se queda solamente bajo la idea de resistencia (para la cual el término contracultura es mucho más preciso) sino que se adhiere más a la idea de una construcción de identidad de grupo.

La primera noción de subcultura resulta útil cuando de construcción de perfiles periodísticos se trata, en la medida en que nos dice que no somos una masa homogénea. La

herencia de las revoluciones juveniles de los 60 es el conocimiento de que existe la diferencia. Y si somos diferentes, vale la pena conocer nuestras historias como sujetos individuales. Por eso se escriben biografías, por eso escribo mis perfiles. Porque vale la pena hablar de la diferencia a partir de la narración de una vida que es única e irrepetible. Por su parte, la segunda noción se adapta a las características de un siglo XXI en el que el increíble flujo de productos culturales hace imposible definir lo normal de lo anormal, lo establecido y lo rebelde. Establecer una cultura dominante donde residen pequeñas subculturas es hoy más difícil que nunca. No obstante, los artistas se configuran como una subcultura dentro de la cultura que tiene patrones de conducta identificables. Pese a las diferencias entre uno y otro, existen ciertos rasgos comunes que los hacen reconocibles.

En una fiesta con actores o en un canal de televisión, se respira un aire distinto y se observan patrones muy particulares de comportamiento: sensación permanente de estar siendo observado, de que no es necesario madrugar mañana, de que la vida se disfruta en el aquí y el ahora, exaltación del hedonismo y la sensibilidad. A su vez, existen otras subculturas dentro de ella. Los actores de teatro y los de televisión pueden llegar a ser muy diferentes entre sí. Es importante aclarar que con esto no quiero encerrar a mis personajes dentro de el estereotipo de su subcultura, pero conocerla sí me permite saber a priori algunos de los elementos de su carácter. De hecho, muchos de hechos trasgreden las líneas del formato y con ello los de su subcultura. Algunos empezaron en teatro y eventualmente hacen televisión; a otros les pasa lo contrario. A veces hacen cine, pero saben que muy poco cine se produce en Colombia así que no pueden limitarse a él. También han ido acercándose a las plataformas digitales y actúan en series web.

Artista de la actuación

“Occasionally, in a way that transcends nature, a single person is marvellously endowed by heaven with beauty, grace and talent in such abundance that he leaves other men far behind”, escrito por el historiador de arte Giorgio Vasari sobre Leonardo da Vinci.

El teatro nace como una exaltación del desorden. Dionisio, dios del vino, es la representación del caos y los excesos. Anualmente los griegos celebraban en honor a él y así dieron origen a los primeros vestigios de lo que hoy llamamos puesta en escena. Danzas,

cánticos y procesiones eran el homenaje que los atenienses le rendían a su dios más alocado.

Luego, se construyó la *orchestra*, y el teatro dejó de ser al aire libre. A su vez, las personas dejaron de pertenecer a la ceremonia, como en el ritual religioso, para convertirse en espectadores. Aristóteles en La Poética conceptualizó la experiencia. La mimesis, término definido en su obra, ha sido base de la formación actoral. Supone la imitación de la realidad y el autor la considera el principal fin del arte. En esa medida, dice Aristóteles, los observadores experimentan una catarsis. El primer género teatral y literario en la Antigua Grecia fue la tragedia. Siguiendo a Aristóteles, el público al ver representadas sus tragedias en los actores, se purifican, liberan sus pasiones (Aristóteles, p6).

Más adelante, en la Edad Media el teatro mutó a los cantos juglarescos, que en plazas y esquinas contaban historias. Aunque en ocasiones vociferaban relatos de amor o de sus héroes caballerescos, prevaleció en la juglaría el interés por narrar la vida de los santos.

El teatro moderno rompió con el teocentrismo y volvió a poner especial atención en el ser humano como centro del mundo. Al igual que en otro tipo de artes, el del teatro también buscó retomar el conocimiento de los griegos, que han sido la base del desarrollo cultural de Occidente. De nuevo aparecen intentos por retratar la realidad, el movimiento, el curso de las acciones. Basado en Aristóteles, el teatro moderno trabaja con las tres dimensiones: espacio, tiempo y acción (Aristóteles p5).

El anterior recuento por la historia del teatro hasta la Edad Moderna es útil en la medida en que me permite acercarme a una conceptualización del artista de la actuación. Lo primero que diré al respecto es que el actor es una persona que trabaja con su cuerpo y sus emociones. Para lograr la mimesis y producir la catarsis, para contar historias que agrupen público, para hacer un correcto uso de las dimensiones, para cualquiera de estas situaciones en cada uno de sus momentos históricos el actor debe usar su cuerpo y sus emociones.

El cine y la televisión, son hoy excelentes escenarios para exhibir el trabajo del actor. Y aunque el lenguaje audiovisual supone ejercicios técnicos diferentes, la restricción anterior, el uso del cuerpo y las emociones, sigue siendo una constante en estos 'nuevos' formatos de ejercicio de la profesión.

En el libro *The art of the actor*, (2007 p.34) Jean Benedetti sugiere que las pasiones son fundamentales para el actor. En la medida en que su actuación es una construcción retórica porque debe convencer, el actor no puede desprenderse de la rabia, la angustia, el miedo, la dicha o la esperanza. Son sus propias pasiones las que están en juego, si no lo hace, la credibilidad del personaje que interpreta corre riesgos y por lo tanto su carrera también. Este es un rasgo único, propio de su subcultura.

La actuación es la única profesión donde el éxito se consigue con el uso sistemático de los sentimientos y en donde la herramienta es el cuerpo mismo. No la voz, no las manos, no la memoria, sino el conjunto, la unidad que supone ser humano. Eso, como dirían las abuelas, es jugar con candela. Al estar todo el tiempo sobre-expuesto a las pasiones, la estabilidad del actor detrás del personaje está en juego. El actor vive, también en términos económicos de sobre-exponerse. Y eso sin contar, para los que se convierten en famosos, que su vida personal también se vuelve una especie de comedia romántica que los medios de comunicación no dejan escapar. Y es que así nació la actuación, como el ejercicio de la celebración del caos y los excesos.

Entonces, ¿qué es el artista de la actuación? Para este trabajo es entendido como la persona que vive del oficio de actuar. Es el resumen de todas las artes en un cuerpo. La pintura, la música, la danza, la escultura, la literatura, todas están al servicio del actor. Es quien con su obra logra hacer una mimesis y generar una catarsis en su público. Quien puede, al ser artista, permanecer en el tiempo y luchar contra el olvido.

Biografía

Los primeros intentos por retratar la vida del otro en la literatura le corresponden al género biográfico. Para Francois Dossé, la biografía es “*un discurso moral de aprendizaje de virtudes. (...) Se ha convertido, a lo largo del tiempo, en un discurso de lo auténtico, y remite a una intención de veracidad de parte del biógrafo, pero la tensión permanece constante entre esta voluntad de verdad y una narración que debe pasar por la ficción y que sitúa a la biografía en un espacio, en un vínculo entre ficción y realidad histórica*”. (Dossé. 2007. p. 16).

Para este especialista en el género, la tensión existente entre historia y ficción es fundamental a la hora de definir la biografía. Por esta razón Dossé la entiende como un

género difícil de clasificar, e incluso al estar situado en medio del debate entre la historia y la narrativa de la novela, la discusión lo ha convertido en un género menor encerrado en sus contradicciones internas. En sus palabras: “*La biografía es un género bastardo, sin pedigrí, nacido del matrimonio contra natura de la ficción y los hechos y, como resultado, es un género duro de roer y al que no se le deja de cuestionar*” (Dosse, 2007. p. 32).

El arte del biógrafo emana de la capacidad de diferenciar, de individualizar, incluso a personalidades que la historia ha reunido, debe ir a la busca del detalle más, ínfimo, minúsculo, que se esfuerce por recordar lo mejor posible de la singularidad de un cuerpo, de una presencia... el biógrafo solo tiene que crear, a partir de la verdad, rasgos humanos, demasiado humanos, aquellos que corresponden a lo único. Su error es creerse hombre de ciencia. Los biógrafos desgraciadamente han creído generalmente que eran historiadores. Y así nos han privado de retratos admirables (Dosse, 2007. P. 27).

En su trabajo de grado llamado *Siete veces Pedro*, sobre el periodista Pedro Claver Téllez, Lorena Álvarez logra seguir los pasos de la biografía a lo largo de la historia y encuentra que solo con la llegada de la Modernidad alcanzó su evolución como género. En esta época se rompe con la tradición de escribir vidas de hombres ilustres, como santos, héroes de guerra, políticos o millonarios y se entiende el valor de contar la vida de un hombre común. En la medida en que eran anónimos para la historia, resultaban interesantes para el lector (Álvarez, 2010, p22).

Así, la biografía moderna se revela contra las ataduras de la minuciosidad histórica, para darle rienda suelta a los artilugios de la narrativa. Autores como Stefan Zweig logran detallar minuciosamente los detalles sin aburrir a su lector. Al contrario, el lector termina tan involucrado con el personaje que se pierde en la narración. Se acerca a la historia y al personaje de una forma novedosa. Es lo que ocurre con el libro “*María Antonieta*” en el que Zweig logra mostrar a la reina como nadie la había visto antes: humana. El autor explica en la introducción a la obra cómo narrar la vida de la mujer es un intento por aislarse del juicio político y moral que acompañaron por décadas su nombre. Muchos de los que atacaron la Revolución Francesa, la asociaron a ella sin pensar en ella. También todas las alabanzas y formas de exaltarla fueron hechas en su momento. Zweig quiso desmitificarla y a través de

un trabajo de investigación juicioso, tal vez uno de los más minuciosos en la historia de la literatura, descubre a la persona que se escondía detrás del mito.

Su obra demuestra que a través de la investigación y las preguntas correctas sí es posible develar la condición humana de esos ídolos populares inalcanzables para sus seguidores. Nada mejor para confirmarlo que la definición de Stefan Zweig sobre María Antonieta: *“En sus postreras horas de vida, alcanzó por fin María Antonieta, criatura humana media, su magnitud trágica, llegando a ser tan grande como su destino”*. (Zweig 2012, p4).

Perfil

El perfil es el hijo genéticamente perfecto de la biografía. Nace como herramienta del periodismo para contar la vida del otro, se alimenta de las formas y las texturas de la narración literaria, pero es fiel a la realidad. Las dos cosas pueden configurarse como una unidad en este género que ha sido más bien desestimado por los medios y por los periodistas colombianos.

El papel del periodista es visibilizar realidades sociales. Una vida es la célula de esa realidad y es el perfil el llamado a narrarla. Así pareció entenderlo Leila Guerriero cuando escribió *“Idea Vilariño, esa mujer”*, un perfil sobre la poetisa uruguaya. En este texto, la autora elabora una representación magistral del amor, de la mujer, de lo que somos como humanos a través de la vida de la poetisa. Logra lo que debe lograr el periodismo: que el personaje sea el protagonista y que el lector se enamore de él.

En la misma sintonía se encuentra el director de la revista Etiqueta Negra, Julio Villanueva Chang, considerado como uno de los autores más destacados de este género. Sobre él dijo alguna vez el cronista Alberto Salcedo Ramos:

“La prosa de Villanueva Chang da razones que alimentan esa exigencia del lector: el humor, la ironía, la capacidad de delinear el rasgo ínfimo que lo cuenta casi todo. Sus retratos revelan la supervivencia obcecada de las vidas difíciles. Sus personajes son, como decía Truman Capote de los retratos de Richard Avedon, santos terrenales que están obsesionados por algo. En este caso, las formas de la resistencia”.

Villanueva escoge figuras públicas para retratar: el director de cine Werner Herzog, el escritor polaco Ryszard Kapuscinski o el chef catalán Ferran Adrià. Para cada uno ha hecho retratos cercanos, que le permiten sentir al lector el dolor, la alegría, las obsesiones que marcan la vida del personaje.

Marcel Schwob dijo sobre la biografía lo que pienso de la labor del escritor de perfiles: “(...) *El ideal del biógrafo sería diferenciar minuciosamente la persona de dos filósofos que hubiesen inventado, poco más o menos, la misma metafísica*” (Schwob, 1896, p 16).

“A lo que más se parecen, obviamente, es a las biografías”, dice Roberto Herrscher en su libro *‘Periodismo Narrativo’*. Para él, lo más difícil es clasificarlos. Si usted va a una librería, cuenta, no es fácil saber en que sección se encontrarán los perfiles periodísticos. “*Pero los perfiles periodísticos son menos y más que las biografías Menos porque no toman una vida entera. No se detienen en cada episodio, en cada segmento. Van directo a lo que tiene importancia noticiosa, tiene mayor interés humano o histórico o marca un encuentro con un hecho periodístico relevante*” (Herrscher, 2009 p184).

Y en ese universo de personajes y noticias, ¿Quiénes son perfilables?, se pregunta el autor. Sin embargo, la teoría de lo perfilable pierde utilidad cuando es confrontada con la realidad del periodista que es capaz de identificar historias más allá de las categorías predefinidas.

“En primer lugar, los que tienen una historia que puede presentarse en un arco narrativo lógico, interesante y representativo de un tema de interés periodístico. Como dije al principio de este capítulo , “una historia” no significa “una vida”. Esa es la diferencia entre el perfil y la biografía.

Pero “tener una historia” no significa “tener una historia que contar”. Esa es la diferencia entre el perfil y la entrevista. Muchos excelentes entrevistados “con o contra” tienen maravillosas historias que contar pero las historias no son sobre sí mismos. Son mejores entrevistados que perfilados.

Y al revés, de muchos famosos –son casos típicos los deportistas de élite- hay buenísimas historias para contar, pero los mejores para contarlas no son ellos mismos. Esos son mejores para el perfil que para la entrevista.

Debe tener una buena historia, entonces. Una historia que tenga comienzo, desarrollo y final. Lo que los estadounidenses llaman un life narrative, la narración de una vida. Una vida -o un segmento de esa vida, de la que saquemos una conclusión, enseñanza o

provecho. Y de alguna forma debemos encontrarnos con los ingredientes para poder contarla” (Herrscher, 2009, p188).

Según Fernando Araújo, editor cultural de *El Espectador* y de *El Magazín*, suplemento dedicado a la cultura en el mismo medio, *“los foros, las normas y todo lo que se enseña en la academia usualmente suele ser inútil cuando se contrasta con la realidad. ¿Cómo escribir? ¿Cuáles son las normas? Y entonces lo que pasa es que como todos siguen las normas, terminamos todos escribiendo de la misma manera y los periódicos se repiten, así cambien las firmas de sus autores”.*

La escritora Belén de Rosendo Klecker le dedica todo un libro al estudio del género. Uno de los aportes más valiosos de su investigación es el estudio que realiza sobre un elemento central en los perfiles, una característica fundamental en la escritura, en la forma, que prácticamente viene anclada a los artículos: el diálogo. Para ella, varias funciones importantes cumple este recurso dentro del perfil: *“Aporta riqueza al texto al aportar más puntos de vista, y además constituye una forma muy directa de caracterizar al perfilado”* (Rosendo, 2010 p. 122). Otra herramienta excelente para enriquecer el texto, dice, es el uso de declaraciones textuales del personaje. *“A partir de todas estas enunciaciones del perfilado, el periodista extrae fragmentos de discurso que reproduce literalmente en el perfil, en estilo directo indirecto. Las citas contribuyen, al igual que el diálogo, a caracterizar al personaje, enriquecer el pluriperspectivismo del texto y cambiar por un momento el ritmo del discurso”* (Rosendo, 2010, p.123).

Para un lectora desprevenida como yo, una lectora con desconocimiento del personaje, nada mejor que la pluma de Leila Guerriero para enamorarse. Ese debe ser el sueño de periodismo, encantar al lector de la persona retratada. Con un uso visceral del tiempo, con detalles íntimos de la vida de la escritora, con el uso narrativo de la tercera persona y sin olvidar el *ethos* de la autora, este perfil es un ejemplo y una clase sobre el género.

“¿Quién es usted?” es la primera frase del texto (Guerriero, p105, 2013). Así, sin miedo, Guerriero arranca su texto haciendo la pregunta que se esconde detrás de cada entrevista. Es la pregunta fundamental, el por qué escribimos perfiles. Queremos saber quién es él o ella y contarlo.

Esa es la pregunta que también intento resolver para cada una de las vidas de los actores que conformarán este libro de perfiles. ¿Quién es usted? Y como el periodismo narra la vida real, seguramente no encontraré una única respuesta.

Perfiles

*Para ti, Ana, que lo resistes todo, que me
resistes todo.*

Alejandra Borrero

“Estoy sentada sobre mis sueños”



Alejandra Borrero, el día de su primera comunión. Cortesía Alejandra Borrero.

Casa Ensamble, ahora Casa E, es el proyecto por el que Alejandra Borrero entregaría la vida.

A pesar de las críticas al modelo de entretenimiento de su escuela, ella sobrevive y se mantiene vigente en un medio en el que es casi imposible permanecer con el paso de los años.

Alejandra, sentada sobre su 'tesoro arquitectónico', siente que ya no puede más. La adrenalina que le produce Casa Ensamble no va a pagar las cuentas. Katrin Nyfeler, la persona que lleva sobre sus hombros la responsabilidad de administrar la empresa, esta vez no tiene la solución a

los problemas: deudas con los bancos, empleados sin paga, salas de teatro a medio llenar. Sentada en la silla de su oficina en la que casi nunca se sienta, llora creyendo que debe dejar de jugar.

-¿Para quién estoy haciendo esto?- se pregunta a sí misma, pues la gente por la que ella que ha querido trabajar, la del teatro, es la que más piedras ha lanzado contra Casa Ensemble.

Alguna vez, Alfonso Ortíz, otro reconocido actor con años de experiencia en cine, teatro y televisión, le dijo a los estudiantes de su academia que *“aquí no van a aprender a bailar y a cantar y todo eso que enseñan en otras ‘casas’. Aquí aprenden a sentir para actuar”*.

Amigos del pasado, de las tablas, la rechazaron cuando empezó a hacer teatro de espectáculo, tipo café conciertos, o puestas en escena al estilo cabaret o Broadway, porque se les hacía muy comercial. *“Cuando uno se vuelve empresario, la gente empieza a creer que quieres chuparles la sangre.”*

Pero de pronto ve los colores pintados en las paredes, y siente la luz que entra por las ventanas enormes. Descubre eso: que está sentada en un tesoro arquitectónico *“que hace que la creatividad fluya mejor”*. Entonces le dice a Katrin que hable con los bancos.

-Si esta casa logra cumplir cinco años de existencia, ya sobrevivimos- dice con esa voz grave que hace sonar todo como si dictara profecías.

Y fue una profecía. Tres años después de los problemas económicos, Casa Ensemble, ahora Casa E, parece indestructible. Da la sensación de que nada puede amenazar un espacio con 10 salas de funciones y una academia de formación para artistas jóvenes. Hoy es un lugar blindado contra los ataques, sobre todo porque ella, su creadora, también lo está.

-Hacer y decir son cosas muy distintas. Pa’ decir sí somos expertos. ¡Entonces claro! Decimos y decimos. No ponemos la cara nunca, y no solo eso, sino que hablamos mierda. Yo hago teatro comercial porque tengo que pagar las cuentas, pero también tenemos la sala Mayolo,

en la que estamos formando un público y eso no lo hace nadie en Colombia, ¡Y sí que es difícil llenar 67 sillas! ¿Qué usted quiere un teatro ‘la la la, la’, venga y hágalo”-

Cuenta Daniela, su sobrina consentida, que cuando viajó a Colombia para conocer la Casa, descubrió que su tía estaba en el mejor de sus momentos.

-Parecía una niña chiquita mostrándonos todo, abriendo las puertas e indicándonos qué quedaba aquí y allá.

Es verdad. Alejandra hoy transpira energía, vitalidad. En un mundo de personas que corren, que sufren, que siguen estructuras rígidas para triunfar, Alejandra es distinta, brilla. Baila desprevenidamente mientras trabaja, canta, y sonríe con una espontaneidad envidiable. Es tan coherente en el discurso, tan centrada, tan elocuente. Su carisma es abrumador y su belleza física tan pura que uno debe mirarla dos veces para saber que es cierto, pues no usa ni una gota de maquillaje. Aunque seguro sufre por momentos, Alejandra es un derroche de felicidad.

Era el año del fin del mundo. Llegaban los 2000 con el rumor de que este sí era el final de los tiempos. Para Daniela tenía mucho sentido esa profecía mística: sus papás se separaban, mientras su tía, la mejor del mundo, empacaba maletas porque se iba del país.

“Fue un momento horrible para las dos”, recuerda, aunque Alejandra la compensó con una carta que todavía guarda en algún cajón. “Si me necesitas yo viajo, si me buscas yo estoy. Tu tía siempre va a estar para ti”.

Pero el dolor no duró mucho tiempo. Meses después, Daniela y su familia se fueron a vivir a Estados Unidos luego de que les fuera otorgado asilo político. Entonces se cumplió un sueño que tuvo desde niña: vivir en la misma casa con su tía y su mamá, las dos mujeres más importantes de su mundo.

Alejandra, mientras tanto, no vivía en su trabajo lo que se había imaginado. En una entrevista para *El Tiempo* dijo que *“cuando uno se va para Miami cree que allá está todo”*. Fue difícil adaptarse al nuevo medio. Tenía la sensación de estar en el lugar donde ocurren las cosas, pero donde es más difícil hacer parte de ellas.

Seguramente esta sensación le ayudó a entender tan bien su personaje en la telenovela ‘*Allá te espero*’. Magnolia es una abuela joven que impulsa a sus hijos a salir del país, porque cree que afuera todo es mejor. Es una mujer nacida en un pueblo de Antioquia, atrapada en un matrimonio desde niña y que ahora quiere vivir lo que antes no pudo. Alejandra la representa con una naturalidad única que también es posible gracias a la calidad del guión, una de las pocas buenas historias que ha producido la televisión colombiana en los últimos tiempos. Magnolia se equivoca constantemente y tiene actitudes que podrían convertirla en la antagonista, pero Alejandra es capaz de llenarla de matices. De volverla tan humana como ella misma. Claro que, dice, “*la televisión cada vez más, pone gente demasiado joven, yo hice ese papel de abuela cuando no tengo edad para tener hijos tan grandes. Entonces gente que todavía no tiene la fuerza necesaria, termina protagonizando*”.

A pesar de los problemas que tuvo en Miami, logró grabar una telenovela, ‘Muero por ti’, e hizo parte de un clásico del teatro, ‘Don Juan’, de Moliere. “*Es que ella logra todo lo que se propone*”, dice Daniela. Sin embargo desde Colombia empezaron a llamarla a la puerta. Fanny Mickey le propuso hacer parte de la obra *Frankie y Johnny*, y además recibió ofertas para trabajar en *Punto de giro*, un seriado de televisión.

Así, en 2003, decide volver al país. Estaba segura de que era el momento. Acababa de suceder el atentado a las Torres Gemelas y su sensación era que la inversión de Estados Unidos en el arte, terminó destinada a la guerra. “*Descubrí que no tenía nada que hacer allá*”. En esta ocasión separarse de su familia fue mucho más difícil. “*Nosotros no podíamos viajar al país por el asilo político y teníamos la sensación de que nunca nos íbamos a volver a ver*”, cuenta Daniela. Alejandra la tranquilizó al prometerle que se verían pronto. La excusa perfecta fue una telenovela que grabó en Panamá, allí se reencontraron y Daniela confirmó que su tía siempre cumple lo que promete.

“*Es increíble que le puedas dar tanta felicidad a la gente instantáneamente*”, le dice María José a su hija Alejandra, al notar que la gente sonrío cuando la reconocen.

Pero esta cordialidad con la profesión de su hija, es más bien reciente. María José tardó en descubrir las cualidades de la actuación. Ella y su esposo, de Popayán, tuvieron cinco hijos sin

haber completado ningún estudio. Alejandra creció sin lujos, en una familia donde lo más importante era estudiar algo rentable.

Distintos medios han descrito a Alejandra como la niña rebelde del colegio, la irreverente que dejó la casa siendo una adolescente, la chica llorona e hiperactiva a la que solo le iba bien en la clase de teatro. Ella confirma tener un poco de todo eso y afirma que la vida le cambió cuando en un festival, siendo apenas una estudiante de colegio, le dieron el premio a mejor actriz. Supo con eso que ese sería su camino, pero para María José el premio todavía no significaba nada. La pregunta constante era, “¿de que vas a vivir?”

Alejandra, pese a los problemas con su mamá, siguió creciendo como actriz en Cali, participando en cortometrajes y dejándose llevar de la mano de quienes fueron sus grandes maestros, como Sandro Romero Rey. Taladró y taladró tanto en su intento por ser mejor actriz, que para la década de los noventa se convirtió en la antagonista de una de las telenovelas más recordadas en Colombia: *Café con aroma de mujer*. Después de eso, María José solo pudo aceptar el oficio de Alejandra y unirse a todos los que celebraban su trabajo.

A partir de ese momento, lo que ha pasado con la carrera de Alejandra Borrero ya parece un libro de conocimiento nacional. Distintos medios que cubren entretenimiento han hablado de la importancia que tuvo para ella el director y guionista Mayolo, de su homosexualidad y de la pobreza en el apartamento en el que vivía con el grupo de artistas que se llamó Caliwood. Así lo hizo la revista Bocas, quien tituló una entrevista con la artista: “*Alejandra Borrero: sexo, drogas y rock and roll*”. Una entrevista que, por cierto, le despertó la ira:

-Yo te hablo de drogas porque prácticamente todo el país metió en los ochenta, no tengo problema con hablarte de eso. Pero cómo es posible que te centres ahí. Yo no soy una drogadicta que se la pasa metiendo. ¡No vendás periódico conmigo! Es un titular sucio, que me dan ganas como de...” - y junta las manos simulando que estrangula al responsable.

Ahora, aunque todavía la indigna, ya el periodismo no la afecta. Cuando era joven, sí: “*estaba muy chiquitica cuando sacaron un titular horrible. No es que no sea cierto, es la forma vulgar que utilizan para referirse a ti*”, dice y se queda ahí, porque le cuesta contarme cuáles eran las palabras que tanto daño le hicieron.

Escucharla hablar sobre el periodismo, aterra. *“Imagínate, que una persona se acerque a ti, con un tono dulce y te haga creer que puedes confiar en ella. Luego usan lo que tu les dices a su antojo para destruirte”*. Sí, aterra, porque mientras habla de lo horribles que podemos ser los periodistas, mira de una forma que desnuda y que te dice, en silencio, *“no seas una más de las horribles”*.

Y es que ella sabe de lo que habla. En alguna época de su vida se dedicó a hacer entrevistas y descubrió que lo fundamental es escuchar. *“Yo pude entrevistar a personas maravillosas como Celia Cruz, porque las oía, ¿y sabes? es lo mismo que hago con mis personajes. Los escucho muy bien”*.

Alejandra nunca termina sus jornadas. Siempre está rodeada de amigos, que usualmente hacen parte del medio en el que trabaja. *“Siempre tiene en su cabeza un nuevo proyecto, alguna nueva historia”*, dicen sus compañeros de trabajo.

-“Es que cuando uno hace una novela a uno no solo le pagan eso, sino la vida que deja ahí. Amor en custodia lo grabé 12 horas al día, seis días a la semana, ocho meses seguidos. Así que no tenía tiempo de pensar en mí, ni en mis problemas. Solo en el personaje y sus problemas. Terminó una jornada y tengo que llegar a la casa a aprenderme 30 escenas para el día siguiente. Y así es siempre. Entonces mira que sí... entregué la vida entera para ser otros”- dice Alejandra pensando en la sobredosis que mató uno de sus actores favoritos, Philip Seymour Hoffman, pues minutos antes le había preguntado sobre él y pensarlo la hizo pensar en sí misma.

Pero ella es feliz. Es mucho más lo que disfruta que lo que sufre. Los empleados de Casa Ensamble siempre la ven activa, entusiasta. *“A veces viene la gente, la ven a través del vidrio y la llaman y ella sale y los saluda. Siempre con una actitud super bonita”*, dice Marci, la recepcionista de la Casa. Aunque tiene una gran deuda: *“Hace unos años me tocó hacerle el funeral a mi sueño de ser mamá. Espero poder realizarlo en otras vidas. Aunque mis sobrinas y mis estudiantes son como mis hijos”*.

Ahora, con su campaña *“Ni con el pétalo de una rosa”*, que trabaja en la prevención del maltrato a la mujer, se siente útil. *“Ahí entiendes para qué sirve realmente ser una imagen pública”*. También empezó a trabajar, meses atrás, con la Unidad de Reparación y Restitución

de víctimas del conflicto armado. *“No hay nada mejor que ver a estas mujeres que han sufrido tanto, víctimas de las peores cosas, sentirse empoderadas”*. Alejandra las conoce de cerca, las escucha, y junto a Casa E trabaja en la construcción de radionovelas y exposiciones que pretenden convertir el arte en un catalizador para luchar contra la violencia de género.

El teatro, por supuesto, que es lo que mejor conoce, también ha sido una gran herramienta. “Ella en Shakespeare” es un montaje protagonizado por Alejandra en el que interpreta a distintas mujeres de la dramaturgia de este director clásico. Pero la obra está cargada de actualidad. Sin caer en transgresiones mezquinas a los guiones originales, la puesta en escena es un discurso contra el machismo del presente, contra la agresión a la mujer. La sensación final es que las mujeres en Colombia, de una forma u otra, aún sufren en medio de los esquemas sociales y familiares que vivieron Ofelia o Julieta en plena Edad Media. Aman servicialmente, lloran en silencio, duermen llenas de temores de los que nunca hablan. La fuerza escénica de Borrero es contundente. Transmite tanto, que una vez termina la obra sigue agitada, perturbada. No puede simplemente desprenderse de lo que acaba de suceder en el escenario.

Erik Rodríguez es su compañero en escena y él cree que “lo que pasa es que Alejandra siente mucho. Todo. Y se conmueve muy fácil. Yo la veía en Azúcar y en teatro y ahora no me creo estar aquí a su lado y que hablemos del clima o del trancón. Es una maestra”.

Lograr ser amado en un país de tantos prejuicios es un lujo que pocos pueden darse. *“Hoy siento el cariño de la gente, a pesar de todos los escándalos que pudieron hacerse a mi nombre. La gente de alguna manera me conoce y respeta lo que hago”*. Tanto así que, como dijo en una entrevista, pese a todas nuestras taras, *“la gente sabe que soy homosexual y me trae los hijos a la escuela”*.

—*Mayolo, pero si vos odiás el teatro*—le dijo su pupila

—*Es una obrita que quiero que leás*—replicó.

Acordaron un almuerzo en el que Mayolo le contaría a Alejandra los detalles de la obra de teatro que quería poner en sus manos. Ella, que estaba recién desempacada del avión que la trajo de Miami, no llegó a la cita. Mayolo murió al día siguiente.

“Y no por eso, pero por eso, quise montarla”. Necesitaba un espacio para ensayar, una casa de 400 metros que les permitiera no seguir arrendando lugares por pequeños lapsos de tiempo. En el camino, buscando financiación para ‘Patafísica’ se encontró con Kathrin, una mujer que venía del mundo empresarial y que estaba dispuesta a asociarse con Alejandra.

“Nos encontramos con esta casa de 1600 metros. Imagínate. Nos tocaba arrendarla porque era demasiado grande para nosotros”. Patafísica, que antes era un complejo guión sin estructura aparente, fue tomando forma con la ayuda de Sandro Rey. La obra salió a la luz y con eso Casa Ensamble también.

“Yo creé esto para que fuera el gran patio de juegos para mi y mis amigos. No he parado de jugar”. Se toma dos segundos, suspira.

— *Mira, es que estoy sentada sobre mis sueños.*

Fabio Rubiano

El teatro a oscuras



Fabio Rubiano, tapándose del sol como siempre, en compañía de su hermana Mariela. Cortesía Fabio Rubiano.

Cuando Fabio Rubiano dice que es una persona normal, hay que pensarlo dos veces. Su casa, llena de libros, es la prueba de que es uno de los actores más cultivados intelectualmente del país. Además, lleva 30 años desempeñando una labor poco agradecida en Colombia: la dramaturgia.

“No soy alcohólico, no soy Philip Seymour Hoffman, no tengo tatuajes, no soy un rockstar”, dice Fabio como inquieto porque alguien quiere escribir sobre su vida. Está ahí, sentado en su apartamento en La Macarena, fastidiado, pues su blancura es una maldición y el sol está muy fuerte. A uno se le podría olvidar el premio Nacional de Dirección que se ganó por ‘El Vientre de la Ballena’, las críticas aduladoras que su dramaturgia ha recibido por el mundo y su sagacidad para interpretar personajes tan verosímiles como los de la vida misma. Pero habla y esa voz diáfana trabajada en las tablas me recuerda que se trata de Fabio Rubiano.

Lleva tres décadas haciendo un teatro pesado, de ese que escarba en nuestros traumas sociales y deja al público adolorido, con la cabeza revuelta. Por eso adaptó hace unos meses *El Idiota* de Dostoievski. Quería cambiar de estilo, contar algo “dulce”. La historia de amor entre el príncipe Príncipe Myshkin y la princesa Aglaya Ivánovna le pareció ideal. Pero ni esta obra, ni todas las que ha escrito antes, logra ser dulce.

Acto I

Fabio, de ocho años, está de pie con su mamá en la puerta de la casa, en el barrio Restrepo. Llevan algunos minutos esperando una noticia y de pronto llega.

–Buenas, necesitamos a algún familiar de Gonzalo Rubiano que no sea la mamá.

–¿Se murió, verdad? Contestó Sara María, la mamá.

Los mensajeros del hospital enmudecieron.

–Dígame ya. ¿Se murió?

Presionados por la fortaleza de la señora, asintieron.

–Ay Dios--dijo Sara. Suspiró y miró al cielo.

Era 1972 y la familia Rubiano ya había experimentado la muerte de dos de los suyos. Una bebé que se murió cuando tenía seis meses y otra de un año. Con el asesinato de Gonzalo, en 1972, quedaban cinco de los ocho hermanos. *“Él era el consentido”*, recuerda Mariela, la hermana que sigue a Fabio en edad. *“Eso fue terrible para todos”*.

Fabio estaba muy niño y no entendía el significado de la muerte, pero sí la leyenda que se formó sobre su hermano a partir de ese momento: un hippie de los años 60 y 70; un pintor extraordinario que hacía diseño gráfico a mano; un loco de pelo largo que vivía con su esposa de 14 años y que era papá de un hijo; un aventurero atrapado en líos de faldas, perdido en un triángulo amoroso que terminó por romperle el cráneo con un bate, abrirle un hueco en el cerebro, dejarlo vivo un par de días, y luego matarlo.

Mariela lo adoraba. Por eso Fabio, a quien constantemente le gusta reducir sus triunfos o cualidades, dice que cuando se volvió actor, su hermana solo le transmitió el amor que le tenía a Gonzalo. *“De alguna manera yo fui el otro artista de la familia. Por eso ella creyó en mí cuando nadie creía y fue la patrocinadora, desde siempre, del Teatro Petra”*.

Acto II

Marcela Valencia estaba en clase y el profesor indicó que debían trabajar en parejas. Fabio Rubiano estaba justo frente a ella. Lo llamó con el dedo, indicándole que se hicieran juntos. Y se han hecho juntos durante 30 años.

Son dos seres inmensamente compatibles. Él no quiso tener hijos porque *“es muy injusto tener que amar a alguien por obligación”*. A ella no le gusta tener responsabilidades a largo plazo. Él es ateo, ella perdió la fe, pero a ambos les encanta la iconografía católica. *“Yo no tengo resentimientos con la religión. A mi ningún cura me metió mano. O me gustó mucho y ya no me acuerdo. Es más, tenemos un grupo que se llama “ateos pesebristas”, de gente que creció en familias católicas pero adoptó otro punto de vista”*, dice Fabio.

Y por lo mismo, por lo compatibles, se rompió su matrimonio de diez años. Él dice que ya no se soportaban, ella siente que el matrimonio es antinatural y que la gente debería enamorarse a los 60. Además, *“Fabio es un poco neurótico”*, agrega Marcela.

Según algunos de sus estudiantes de la maestría en Escrituras Creativas de la Universidad Nacional, Rubiano es un picaflor. Alguna vez les dijo en clase: *“Mi pipí es un trampolín, todas las mujeres que pasan por ahí llegan a la fama”*.

—Pero si yo siempre he estado muy casado. Además soy re feo— replica Rubiano.

Después de Marcela, convivió ocho años con otra actriz, Carolina Cuervo y cinco con una novia de la que se guarda el nombre. Pero a pesar de sus otros amores y de los otros de ella, siempre han estado juntos, velando el uno por el otro, queriéndose como hermanos, o, según él, como se imagina que debe ser el amor a un hijo. Ambos creen que *Teatro Petra* no habría seguido en pie durante treinta años si no fuera porque su socio existe.

Acto Final

Es marzo de 2012 y el columnista Héctor Abad Faciolince publica en *El Espectador*:

“Tr al teatro me produce una aversión parecida a comer hígado de perro crudo. (...) Los teatreros son personas, en general, tan inofensivas y útiles como los sapos.(...) Homero era un genio, y escribió las obras cumbres de la épica, pero ¿a quién se le ocurre, hoy, hacer cantares de gesta? (...) Los actores en el teatro —precisamente por lo falsa y poco convincente

que es cualquier representación— tienen que exagerar, dramatizar: dan alaridos, lloran, (...) Al que le tiene fobia a los sapos, le fascinan los sapos, pero en láminas o en libro. También a mí me fascina el teatro leído. O trasladado al cine, con sus efectos de realidad cada vez más perfectos. Gozo con los dramas abstractos, leídos, o con ese teatro moderno que se llama cine”.

Su diatriba, titulada ‘*Contra el Teatro*’, le genera al escritor cualquier cantidad de críticas, reclamos y ofensas. Las redes sociales se llenan de ataques contra su columna. Pero tal vez nadie mejor que Fabio Rubiano para escribir una respuesta formal. Fabio, que evita las polémicas, esta vez decide hacer pública su inconformidad. Primero publica en su blog, luego Arcadia retoma el texto:

“Lo paradójico es que queda la sensación al leer su penoso artículo, de que es usted quien hace los gestos a los actores cuando nadie lo está asustando, está sacando la lengua cuando no hay mimos persiguiéndolo, contrae los músculos de la cara y crispa las manos sin que se asomen por la ventana de su casa actores con máscaras griegas. Está haciendo muecas solo” (...)

En su artículo, Rubiano enumera una serie de imprecisiones que comete Héctor Abad: le recuerda que Homero nunca escribió nada, que las novelas de gesta se hicieron 20 siglos después de Homero, que ‘el teatro moderno’ obedece a los años 60 y 70 y no tiene nada que ver con el cine: *“El cine no es teatro moderno. El cine es hijo del teatro, lo que pasa es que es un hijo que se volvió rico y a pesar de todo siempre regresa a casa a pedir consejos”.*

Después de la publicación de la respuesta del actor, Hector Abad escribe una nueva columna en la que, entre otras cosas, afirma que los teatreros indignados con él, solo tienen miedo de sus palabras porque están acostumbrados a vivir de *“la teta pública”*. Rubiano le responde de nuevo invitándolo irónicamente a visitar las mansiones en las que viven los teatreros. Le pide que revise el porcentaje del presupuesto oficial destinado a la cultura y al arte y afirma que la mayor parte está destinada a la guerra. Rubiano termina evidenciando, tal vez, el desliz más grande en la carrera de Héctor Abad Faciolince como columnista.

Era inevitable que Rubiano quisiera responder a Héctor Abad. Una vez leyó la columna, o como sea que se llame ese intento por ridiculizar el teatro, Fabio recordó el camino de esfuerzos que ha pisado en las tablas, se transportó a épocas en las que hacía mil trabajos como mesero, asesor de una agencia de viajes y reparador de máquinas de escribir. Se vio 20 años atrás

luchando para darle vida al *Teatro Petra* y para poder dedicarse a estudiar con Santiago García. Se le removieron los recuerdos.

Son los años 80 y un pequeño grupo de muchachos está reunido escuchando a Santiago García, su maestro. Discuten unos temas de los que seguramente solo hablan ellos en Colombia. Heiner Muller y su obra, el teatro postmoderno, la voz, el chiste en el teatro. Entraron en la tarde, cuatro horas atrás y no se han dado cuenta del paso del tiempo. Fabio escucha a sus compañeros pensando en su obra, en su propia creación. Ya tiene en mente un título, el primero de su dramaturgia: 'El negro perfecto'.

Santiago García ya prácticamente no recuerda a Fabio o a Fabito. Está perdido en el alzheimer. Pero César Badillo, otro alumno de ese Taller de investigación teatral, sí tiene vivo aquel momento. "*Fabito era una persona supremamente juiciosa, aguda con sus ideas. De la mano del maestro yo creo que empezó a formar su propia voz como escritor*", recuerda Badillo quien también es director teatral.

Entre las discusiones filosóficas e históricas, las rumbas nocturnas y la algarabía, cada uno de los estudiantes de García se fue haciendo su camino. El de Fabio fue el *Teatro Petra*. Las cosas empezaron a darse al tiempo. De no ser por su ateísmo habría dicho que fue un mandato divino: la llegada de Marcela Valencia a su vida, el patrocinio de su hermana y la consolidación de su formación en la Universidad del Valle y con Santiago García. Estaba decidido: la biología y la química y la economía, carreras que empezó y dejó abandonadas no eran lo suyo. Por primera vez ocupaba el primer puesto, por primera vez se sentía a gusto.

Lo que nunca se imaginó es que pudiera hacer algo más que teatro. Arrancaban los 90 y Rubiano decía que nunca iba a ser un "*actorcito de televisión*". Lo que no sabía era que dentro del público del montaje "Señorita Me", había un director de novelas camuflado.

-Yo quiero que haga de taxista aquí en una serie de televisión que se llama Asunción.

Aceptó, era una buena paga. "*Pero eso no era para mí. A los seis meses yo dije esto no es lo mío*". El día que está pasando su carta de renuncia, aparece Juan Manuel Cáceres y le dice: por qué no me hace aquí tres capitulitos en una comedia, '*Vuelo Secreto*'. Era de nuevo una especie de anuncio divino. Fabio leyó el guión, le gustó y los tres capítulos se convirtieron en tres años.

Desde ese momento su rostro es constante en las pantallas de televisión colombiana, es el villano favorito de muchos directores. “*¿No ve esta cara? Yo nunca habría podido ser un galán con semejante nariz*”, dice señalándose el rostro como si su fealdad fuese algo obvio.

Su reconocimiento le ha permitido respaldar algunos movimientos sociales, como el ambientalista o participar de cerca en la campaña de respaldo a Gustavo Petro. “*Es alguien al cual le interesa la ciudadanía y no su propia persona. Si uno ve lo que hacen los políticos tradicionales es tratar por medio de actos demagógicos aumentar su popularidad*”. Marcela Valencia, pensando en su compañía de teatro, cree que con Petro y su nuevo Plan de ordenamiento territorial tener una casa propia para el *Teatro Petra* sería más viable.

En treinta años que lleva el *Teatro Petra* presentando sus obras por el mundo, no ha podido encontrar una casa en Colombia. “*Aquí es más fácil poner un prostíbulo que una Casa Cultural*”, dice Marcela. En el último intento, le dijeron a Fabio: “*En ese lugar se puede tener un centro de culto o un jardín infantil, no una casa cultural*”. Y, “*Fabio quiere hacer las cosas a lo legal, no tiene porqué pasarle plata a nadie*”, agrega Marcela muy consciente de que en Colombia hasta para abrir un centro cultural se necesita ser corrupto.

Por ahora, el apartamento del actor en La Macarena, está decorado por la escenografía de sus obras. Una estación de radio, sillas, comedor y un tapete, que han pasado por ‘*Sara Dice*’, o por ‘*El Vientre de la ballena*’.

Se siente vacío ese espacio tan grande para un hombre solo. Finalmente se cansa y cierra la ventana.

Prefiere estar a oscuras.

Carlos Muñoz

“Ya tengo la sonrisa incorporada”



Carlos Muñoz y su eterno amigo, Pacheco, en uno de sus encuentros deportivos por la solidaridad. Cortesía Carlos Muñoz.

En medio de la calma, esta leyenda de la actuación vive sus días. No hay odios, resentimientos o temores en el corazón de Carlos Muñoz. Su nombre es un relato de la historia de la televisión en Colombia.

Febrero de 2014

Sus cachetes están iguales desde que interpretó al Padre Pío en la novela San Tropel. Luce una boina gris, inmejorable compañía para ese gabán largo que lo protege de la lluvia. Se preocupa porque las canas se le alborotaron al quitarse la chapela y ahora tiene que posar para la foto. Hay que cuidar la imagen, de eso vive. Su sonrisa se activa casi automáticamente con el sonido del *flash*, como un reflejo. Simple causa y efecto. Pone una mano en la quijada. Se arrepiente: mejor los brazos cruzados. Se estira la camisa y listo, queda perfecto.

Seis décadas posando frente a las cámaras lo dotaron de esa coquetería que parece innata, esa actitud segura que contrasta con su docilidad para tratar los desconocidos que se topa por la calle y lo saludan.

Tiene paciencia. Así se demore, Luz Helena, Luz H., lo espera en casa. Nunca ha sido fanático de los afanes, y ahora, a sus 71 años, menos.

Finales de 1953

Un público de corbata, traje largo, perlas y los mejores perfumes se mezcla con vagabundos dentro del Teatro Colón. Los elegantes se indignan. Sienten que los indeseables invadieron el epicentro de la cultura bogotana. “Zarrapastrosos,” los llama una pareja. ¿A quién se le ocurre entrar al teatro en tales fachas?

Carlos Muñoz siempre se ve impecable en público. Hoy es la excepción. Hoy es un miembro orgulloso de los zarrapastrosos y por eso pega un grito que enciende las luces. La audiencia suspira su alivio: “¡Los vagabundos son actores!”. El show ha comenzado.

“Gente sin tierra” es la adaptación en español de una obra que narra la cotidianidad en un campo de concentración judío. Enrique Portón trajo la historia de Londres y la montó con el grupo *Artistas Unidos*. Los actores, por primera vez, se confunden entre el público en el momento del ingreso, suben y bajan del escenario constantemente. La gente no sabe adónde mirar, pero se ve entretenidísima con el audaz montaje que deja satisfecho a Muñoz por lo original.

El General Gustavo Rojas Pinilla tiene algo en mente. Desde 1932, cuando viajó a Alemania buscando municiones para la guerra contra Perú durante el gobierno de Enrique Olaya Herrera, quedó encantado con unas cajas luminosas que reproducen acciones humanas en tiempo real. Tan pronto las conoció supo que serían su revolución, su regalo para los suyos. Ahora que es presidente no lo duda.

—Doctor Gómez, el 13 de junio vamos a celebrar el aniversario del gobierno inaugurando la televisión en Colombia.

Fernando Gómez Agudelo, de 23 años, se estremece: sabe que no le está haciendo una pregunta, que no se trata de analizar si es posible o no. Debe lograrlo, no hay lugar para reparos u objeciones.

—Todo lo que necesite es suyo: aviones, presupuesto, no tendrá problemas de importaciones—, continúa el general.

Sin más opción, Gómez empieza a trabajar. Descubre que las montañas de nuestro país no son amables para el sueño del General. Conseguir antenas que lleven la señal a todos los rincones de nuestra geografía no será fácil. Viaja a Alemania y se encuentra con unas cámaras gigantes, las Thompson, fabricadas por la empresa Siemens. Sus precios son inalcanzables. Trabajar con los alemanes en el montaje de la televisión le costaría a la nación todo el oro, que ya no es mucho, y hasta sacrificar al cóndor. Pero compró los aparatos. Ahora necesita alguien que sepa usarlos.

Escucha que acaban de liquidar un canal de televisión en Cuba. La isla tenía tres canales dirigidos por un empresario argentino, pero sostenerlos en una isla tan pequeña no era rentable. Gómez viaja inmediatamente. Allí recluta a todos los desempleados: ingenieros, luminotécnicos, camarógrafos, sonidistas, realizadores. Mientras tanto, en Colombia se esparce el rumor. ¡El ministro Carlos Villaveces ha aprobado 10 millones de pesos para la compra de los equipos!

Los aparatos mágicos cuestan 350 pesos; el salario mínimo es de 120. Pero el General piensa en su pueblo, a veces. La importación de 1500 cajas mágicas vino acompañada por una oferta de financiación a cuotas bajas en el Banco Popular.

Gómez aterriza con los cubanos y empieza, ahora sí, a montar la televisión en Colombia. Doman las montañas, instalan las antenas, posicionan los equipos y todo queda listo. Bogotá y Manizales se preparan para ser los primeros lugares en conocer la televisión. Sólo le queda un problema: “¿A quién vamos a poner en la caja mágica?”. Elige a los mismos actores que conoce de la Radiodifusora Nacional. No hay de otra.

Se angustia de nuevo. El 13 de junio de 1954 la televisión debe nacer en Colombia. Es una orden perentoria. Patria o muerte.

13 de junio de 1954

Son las 7 de la noche. Suena el Himno Nacional. De fondo, las imágenes de la Orquesta Sinfónica de Colombia. Habla el General Rojas Pinilla y dice que se ha inaugurado la televisión en Colombia. Salen los Tolimenses en pantalla. También toca un violinista. Todo para los ‘televidentes’.

Carlos Muñoz, a esa misma hora, no tiene tiempo de mirar la transmisión. Se alista con sus amigos actores para afrontar el reto de los siguientes días.

—¿Qué vamos a hacer, qué presentamos? No podemos salir como unos bobos así como estamos a hablar. ¡La gente nos ve! Tenemos que vestirnos y todo... —Conversan por horas y el resultado es una puesta escena con ‘el Papi Catalá’, un actor español, como protagonista. Carlos Muñoz representa a uno de los asistentes a la tasca española, y sirve de acompañante para el monólogo de ‘el Papi’. Se guarda ese momento en la memoria. Es su debut en el tercer día de la televisión en Colombia.

Febrero de 2014

Tiene la memoria intacta, viva. Se nota lo mucho que la ha ejercitado aprendiendo libretos en las noches, su hora favorita para encerrarse a estudiar con dedicación. Por eso en el Canal Uno lo llamaron para que los asesorara en la parrilla del canal.

“Uno puede hacer una novela, ganar todos los premios, y luego quedarse varios años sin actuar. —Que es el mejor, que es muy bueno, maravilloso—, ¿y? eso aquí no significa nada”,

dice Muñoz. Por eso aceptó la oferta que le llegó desde Señal Colombia para reestructurar su canal de noticias y hacerlo más cercano a la gente. Con su voz, graba las pautas con cosas como “el siguiente programa es apto para todo público” y en eso se le pasa el tiempo.

1946

Carlos Muñoz aprende a estudiar sus letras a solas, a no ofuscarse en las grabaciones, a escuchar cuando le hablan, a tomarse las pausas necesarias antes de hacer algún reclamo o de iniciar una discusión, aunque usualmente las evita. Lo aprende de su papá que fue actor como él. ‘Muñocito’, como le decían a su padre, lo lleva a las grabaciones de radio con Bernardo Romero Lozano. A Carlos le encanta ese mundo. Grandes piezas teatrales llegan a muchas personas en Colombia a través de la emisora estatal, y Carlitos actúa cada vez que necesitaban una voz infantil. Con una butaca lo elevan para que alcance los micrófonos.

Terminó la primaria y el bachillerato, nada más, no es necesario. *“La consecuencia fue directa: era el hijo de un actor. Ahí crecí y pasé al grupo de los grandes, con los actores de la época y con mi padre. Siempre estuve ocupado...”*. Tal vez, si hubiese tenido chance de estudiar algo, habría sido diplomacia o relaciones internacionales. Es tan apacible, su carácter es tan manso, que le habría ido de maravilla resolviendo conflictos o amistando enemigos.

Siempre ha trabajado en la radio cultural, pero no puede decirle que no a las radionovelas porque también le gusta probarse como actor en otras facetas. Disfruta su juventud.

1960

Carlos Muñoz camina tranquilo por la calle hasta que unas desconocidas lo detienen
—¿Usted no es el que hizo de abuelito el otro día en la televisión?

Muñoz asiente y las dos mujeres se van murmurando y sonriendo.

Desde ese día, se volvió usual que desconocidos lo detengan por la calle. Antes, cuando trabajaba en las radionovelas, nadie lo conocía. Ahora la gente no sabe muy bien cómo se llama, pero sí cómo se ve.

“Luego empezaron los autógrafos. ¡Y eso era una tragedia! ¿Me das un autógrafo?”, le decían a uno. Yo respondía, ¡Claro!, con mucho gusto. Pero entonces no llevaban papelito y se demoraban buscándolo, luego el esfero y no escribía el esfero. Es una maravilla que hayan inventado los celulares con cámara, porque así no es sino pararse al lado de la persona, ya yo tengo la sonrisa incorporada. A veces me toman como 30 fotos en el día”.

De la mano del reconocimiento empezaron a aparecer amigas. Claro, también amigos. Germán Castro Caicedo fue uno de ellos. *“Tenían inquietudes intelectuales similares”*, asegura Gustavo Castro Caicedo, su hermano. Hablaban sobre arte y política durante horas. Con el tiempo, Gustavo, que inició su carrera periodística cubriendo entretenimiento, también conoció a Muñoz. *“Carlos es un hombre culto, que conoce de cerca a los autores de teatro, que no se queda solo con la interpretación”.*

Los “gallinazos”, como se autodenominaban, actores solteros y exitosos viajaban por todo el país haciendo obras de beneficencia y, de paso, rumbeando. Alí Umar, Pacheco, Carlos Muñoz y ‘el Chinche’ Ulloa eran las figuras más visibles de ese grupo de estrellas. Claro que *“Carlos nunca se toma un trago”*, según su esposa Luz Helena.

Pero no tomar no le impedía salir y darse la buena vida. Jugaban partidos de fútbol, competían en carreras automovilísticas, en carreras a caballo. Entre cada cosa, bailaban. Margarita Vidal, Gloria Valencia de Castaño, las primeras mujeres de la televisión, eran las madrinas de los equipos. Según Vidal, *“esta fue una época fantástica, se hacía un trabajo social muy importante y era muy divertido ver a estos actores en plan de conquista”.*

En uno de tantos viajes, Muñoz recibe una nota por debajo de la puerta de su hotel. Está firmada por una de esas chicas lindas que había conocido horas atrás en medio del espectáculo. *“Encontrémonos a las ocho”.* Carlos se acicaló, se perfumó. Abrió la habitación y al salir lo estaban esperando Alí Umar y Pacheco con carcajadas. *“Caíste”*, le dicen. Muñoz ríe con ellos, no se molesta. *“Carlos tiene esa naturaleza de buen hombre, de querido”*, afirma Margarita Vidal.

Días después les hace una broma similar. Esa fue la forma de vengarse.

1980

Un día la vio. Una mujer esbelta, bellísima. Claudia. Él de 40, ella de 20. Al instante se dejó llevar por su presencia, por lo bien que le sonaban el inglés y el francés. Una traductora sexy y con clase era perfecta para “representarlo” a él, un actor reconocido que viajaba por el país y quería compartir su vida con alguien.

—*Carlos, eres el mejor hombre del mundo, pero yo me quiero ir a vivir con mi mamá*—, le dijo un año después de casados.

Carlos no supo cómo reaccionar. ¿Qué podía estar haciendo mal?

Claudia empacó maletas y se fue a Chile, su hogar maternal. Carlos intentó encontrar una explicación. Al final lo supo o eso es lo que dice: *“Ella era muy inmadura y se dejó llevar por los lujos. Pensaba que podía obtener con su mamá una vida increíble porque era diplomática. Se dejó llevar por eso. Porque aquí lo tenía todo”*.

Muñoz continuó su vida con el corazón arrugado, pero el teatro lo salvó. La gira con su amiga Fanny Mikey por todo el país y el trabajo lo dejaba rendido, lo suficiente para no pensar, pensarla.

—*Yo soy una bruta, Carlos* —, la escuchó decir luego por teléfono.

Él enmudeció.

—*No sé qué tenía en la cabeza para dejarte. Por favor, mándame para el pasaje, mi mamá no me da plata. Quiero verte.*

Ella lo abrigó con sus brazos en el aeropuerto de Bogotá. Carlos la llevó a casa y de allí para el aeropuerto. Primero Cartagena, luego Medellín, después Cali. Una luna de miel en hojuelas. *“Estuvimos en hoteles maravillosos y tranquilos. Reencontramos el paraíso”*.

—Esta experiencia ha servido para aclarar la situación tan insólita que se presentó cuando tú te fuiste. Te sigo admirando. Eres una gran mujer, con grandes valores, pero ya no te quiero—, le dijo Muñoz sin un atisbo de duda. La llevó al aeropuerto, tenía que “devolverla” adonde su mamá. La vio desecha, la vio inundarse en su propio llanto.

—Vive tu vida, yo vivo la mía. Y así como sucedió esto, yo no sé si en seis meses o un año va a volver a suceder otro evento de estos que nos vuelva a juntar— le dijo para tranquilizarla.

Claudia voló a Chile, y mientras tanto, Muñoz siguió saliendo con otra mujer. La había conocido semanas antes de la llamada de Claudia y tal vez cuando regresaron a Bogotá, el amor se le fue porque ya tenía grabada en su cabeza la imagen de esa señora de nombre Luz Helena, que había conocido en un café concierto.

“Yo acababa de salir de un matrimonio y no estaba en disposición para pensar en eso”, recuerda Luz Helena. Pero él insistió, se ganó a sus dos hijos y así la conquistó. Se casaron en Nueva York, porque *“qué pereza tener que invitar a medio país”*. Querían una boda discreta así que aprovecharon la casa de la hermana de Carlos Muñoz en la capital del mundo.

1994

Carlos Muñoz, Manuela Muñoz y Luz Helena Ángel están en el Congreso de la República.

—Juro por Dios y por la patria... — empieza Carlos Muñoz.

El discurso lo posesiona como senador de la República luego de la renuncia de José Blackburn, uno de sus grandes amigos, quien se fue en medio de un escándalo tras la denuncia de Marcela Hurtado, ex reina que aseguró haber sido maltratada físicamente por el político. Él había sido quinto en el tarjetón, *“pero los candidatos que estaban adelante decidieron renunciar como un homenaje a la cultura de Colombia, a Carlos Muñoz”*, dice refiriéndose a sí mismo en tercera persona.

Manuela, la única hija biológica de Muñoz, se siente orgullosa de su papá. *“A él siempre le interesó trabajar por los menos favorecidos de su propio medio”*, afirma.

“Uno ve la gala de los premios Oscar, la alfombra roja, las mujeres divinas, los hombres de esmoquin, las mujeres con sus vestidos largos. ¿Por qué aquí tenemos que hacer todo como tan chiquito, tan corriente?”, pensaba Muñoz. Siendo senador quiso cambiar ese panorama que le parecía aterrador.

“Es un príncipe”, en eso coinciden quienes lo conocen. Por eso es fácil verlo por ahí en distintas reuniones culturales, a las que asiste la élite intelectual de Bogotá. Una de ellas, es la tertulia literaria de Gloria Luz Gutiérrez que se realiza una vez cada mes y a la que asiste fielmente.

“Aquí venía una delegación de actores extranjeros, algunos muy prestigiosos, y los llevaban a un lugar que se llamaba Campo Villamil, por allá en la calle 67. Era un campo de tejo, y tenía restaurante típico. Entonces traían a gente de otros lados a comer morcilla... se enfermaban y todo. Así que en el sindicato que yo presidía cambiamos las cosas: los recibíamos con todas las de la ley; los llevábamos al Hotel Tequendama, vestidos de esmoquin, y les hacíamos un cóctel de bienvenida”, recuerda Muñoz.

Tal vez por todo eso, el 24 de mayo de 1994, en un artículo del periódico *El Tiempo*, el autor escribe: *“Tuve, en efecto, ocasión de formar, circunstancialmente, parte de un comité cultural presidido por la esposa del candidato Samper, y jamás me imaginé la fiebre partidista de alguien aparentemente tan extraño al mundo de la política”*, lo dice refiriéndose al actor en una nota titulada “El senador Carlos Muñoz”. El escritor se sorprende con la fidelidad que el actor le manifestaba a Samper: *“¿Por qué un actor tan consagrado se comporta como verdadero liberal y, sobre todo, como fervoroso samperista?”*

Durante un año prometió trabajar por su gremio. Para finales de 1994, logró que las regalías de novelas que fuesen transmitidas en el exterior pudieran ser cobradas por los artistas en Colombia. Se debatió también en el Congreso la ley de televisión y uno de sus resultados fue la creación de la Comisión Nacional de Televisión, que había quedado contemplada en la Constitución de 1991.

“Mis colegas senadores me empezaron a decir, oiga, quién mejor para estar en la junta directiva de este organismo, ente rector de la televisión en Colombia, que una persona como Carlos Muñoz, nacido en la televisión, que la conoce por fuera y por dentro. Ellos mismos me hicieron la campaña y salí elegido miembro de la junta directiva”.

Estaría ahí durante cuatro años y era uno de los cuatro miembros escogidos por el Estado. Todos cercanos al mundo político. Aquello era “*la hoguera de las vanidades*”, recuerda Patricia Téllez, asesora de la Comisión durante parte del período de Muñoz en la directiva.

El actor se declaró impedido para votar durante varias ocasiones. Los rumores viajaron y crecieron. “*Si se iba a declarar impedido en todas las decisiones fundamentales para qué aceptaba el cargo*”. Sobre todo, cuando eran asuntos relacionados con las grandes productoras del medio del que hacía parte. “*Muñoz es el típico cachaco que cuida la lonchera*”, dijo un excomisionado que prefiere no dar su nombre. Algunos de los que trabajaron con él por estos tiempos lo recuerdan como se ve hoy: impecable, amigable, todo un príncipe, pero se preguntan si es suficiente ser un príncipe para desempeñar un cargo público.

Desfilaron, durante esos años, amigos, y amigos de los amigos y así sucesivamente. “*En 1999 regresé a actuar, que es lo mío*”, dice. Eso sí, su fiesta de despedida de la Comisión fue con bombos y platillos. Entre los invitados, cuentan, estuvieron la exdirectora del Das, María del Pilar Hurtado y su hermana, quienes lo asesoraron en su mandato.

El gusanito de la política le volvió a picar en 2007 cuando se postuló al Concejo de Bogotá por el partido Cambio Radical bajo el aval de Germán Vargas Lleras. Su nombre estaba en el último renglón del tarjetón y no salió elegido.

Febrero de 2014

Carlos Muñoz está orgulloso de ver a su hija Manuela feliz. Está de corbatín. Su traje brilla de lo rigurosa que es la pulcritud. Su yerno, Jonathan Ruadez, es un buen muchacho. Le gusta verla enamorada y realizada en su carrera. A pesar de que la llevó muchas veces a sus obras de teatro, de que su madrina Fanny Mikey intentó convencerla de actuar en algunos montajes, ella siempre huía de las cámaras. Prefiere trabajar en comunicación empresarial.

Ahora, que se casa, Muñoz la mira tranquilo. Se agarra del brazo de Luz Helena y sonrío. Mira al cielo, le agradece a Dios, que siempre lo acompaña, la prosperidad que ha rodeado su vida. Sabe que en la noche leerá un rato antes de dormirse, pero que una vez le llegue el sueño, nada puede perturbarlo a sus 71 años. Ni siquiera las veleidades de la carrera política lograron quitarle nunca la calma. Se acuesta a dormir con una conciencia que pocos tienen: es uno de los

primeros actores de un país que a punta de telenovelas, dramas y comedias ha querido borrar las huellas de la guerra. Tras seis décadas de trabajo, su nombre estará grabado en las únicas historias que no tememos recordar: las de nuestros libretistas.

La esquizofrenia de Robinson Díaz



Robinson Díaz y su esposa Adriana Arango, en su reconciliación. Instagram.

No para de trabajar. Cuando no está actuando está dibujando. Su cabeza no descansa. Piensa y se reinventa constantemente porque su objetivo, desde que se levanta hasta que se acuesta, es ser el mejor.

Robinson Díaz no deja la pierna quieta. El tic le ayuda a llevar la conversación, le marca el ritmo de lo que dice, del personaje que construye sobre sí mismo. En el set, en cambio, luce tranquilo, mucho más cómodo. Repite una y mil veces las mismas dos líneas de la escena que graba para la serie *'Tiro de Gracia'*. Debe ser un demente porque disfruta asesinando personas. Al menos eso puede deducirse de las dos únicas líneas que interpreta desde hace dos horas.

Otro plano, una más. Pero eso no le genera ansiedad. Le va mejor siendo otros que siendo él mismo.

Picho y Pucho no tienen más de cuatro meses dibujando juntos cuando discuten y se rompen para siempre. Llegaron a *El Espectador*, a comienzos de 1980, dispuestos a ganarse un puesto como caricaturistas y lo lograron.

—*¿Qué hacemos?*— le dice Alfonso Cano, editor gráfico del periódico, a Guillermo Cano, el director. Las quejas de ambos dibujantes ya habían rebosado su paciencia.

—*Que cada uno traiga su trabajo por separado y escogemos*—

Robinson Díaz llega con sus caricaturas y demuestra que él es el dueño de la plumilla fina, cargada de humor político, que conquistó a Alfonso y Guillermo Cano desde el principio. Su ex amigo, del que nadie recuerda el nombre y al que Díaz ni siquiera menciona, no resulta con nada. Con los años, el periódico descubre que el actor de las novelas es el mismo jovencito que una vez llegó tímidamente a decir “*yo dibujo*”. Del otro se perdió el rastro.

“*No hay ningún problema de derechos de autor ni nada por el estilo*”, recuerda Alfonso Cano. Díaz sigue firmando como siempre, como ‘Picho y Pucho’ y durante tres años, con una producción muy alta, con una devoción inquebrantable presenta miles de propuestas y casi todas se publican.

Con las caricaturas se paga su carrera en La Escuela Nacional de Arte Dramático. “*Yo no puedo seguir viviendo de trabajos físicos*”, piensa. Limpiar carros y servir mesas, aunque le dan mucho, aunque no son deshonra, aunque los hace muy bien, porque “*yo era bueno*”, no lo llenan más. No le suplen el vacío que sí le suple crear. “*Lo mío es lo creativo*”, decide.

Le cuesta mirar a los ojos cuando habla, prefiere cerrarlos y así le fluyen mejor las palabras. “*Yo tengo un súper ego. Eso es inevitable. No conozco a un solo actor que no se mire al espejo*”. Se le nota. La piel es tersa, la figura es conservada. No es el típico galán, no tiene los ojos azules ni

los rasgos finos. Pero es evidente el cuidado de su estética. Lo que no se le nota, casi, es el ego. Lo disimula comiendo mojarra frita con las manos, hablando sin adornos, tuteando, caminando sin mucho orden, tanto, que parece despreocupado, distraído. Aunque... “tengo un contrato desde hace 16 años con Caracol y eso no lo tiene nadie”. (Es cierto: esa estabilidad, en su medio, no la tiene nadie).

La primera vez fue un rey y tenía seis años. El rey, tal vez por el poder, le enseñó las maravillas de meterse en la piel de otros, de salirse de sí. Era un *sketch* pequeño sobre la llegada de Colón a América. Luego, en el colegio Inem de Medellín actuó y dirigió una obra que se llamaba ‘La piedra de la felicidad’ de Carlos José Reyes.

Más adelante, ingresó al ‘Matacandelas’, grupo teatral de tradición, fundado en 1979 y considerado patrimonio cultural de Medellín. A Inés Uribe, la mamá, le tocaba estar encima.

—*Cuidadito me va a dejar el colegio. Tiene que terminar el bachillerato*—

—*Bueno mamá*— contestaba obediente, porque siempre fue juicioso.

“*Es que él se la pasaba viajando de pueblo en pueblo y entonces dizque ya no le quedaba tiempo para estudiar*”, cuenta la señora Uribe, la que siempre lo recibe con fríjoles cuando pasa a visitarla porque “*él se muere con todo lo que yo cocino*”. Siempre han vivido frente al hospital Manuel Uribe aunque Robinson nació en el Seguro de Envigado.

“*Con el Matacandelas la pasé muy bien. Había mucho humor*”. Con ellos aprendió la alegría de compartir, de estar vivo. Allí fue músico, actor, titiritero. Hizo teatro de sala, de calle. Por primera vez, alguien vio en él potencial como dibujante y sus compañeros, de la mano del director Cristóbal Pélaez, lo impulsaron a publicar en los diarios locales: El Señorial, El Envigadeño y luego El Mundo de Medellín

Finalmente le hizo caso a su mamá y se graduó. Más adelante, según ella, movido por su enamoramiento con una jovencita que también viajaba a la capital, decidió empacar maleta e irse con ella. Que a estudiar arte dramático. ¿O a vivir con la novia? Quien sabe.

—*Hermano, tengo 27 mil pesos. Agárrelos* — le dijo el papá, que siempre lo ha apoyado. Que siempre ha estado en la casa.

—*Gracias*— contestó y con eso se lanzó sin titubeos.

“*Era un muchacho, montañero, de 21 años, que se iba a la capital*”. No tenía ni idea de Bogotá, pero sí de su ciudad: una provincia sin muchas opciones para estudiar, para vivir de lo suyo. “*Yo adoro mi tierra. Pero es que habría terminado, yéndome bien, de profesor de teatro*”.

Se fue, dejó a su familia y al Matacandelas pero le quedaron todos los buenos momentos. Mucho humor, muchas risas, mucho tiempo de pasarla bueno. Con esos recuerdos viajó. No tardó entre tomar la decisión e irse. Porque no se tarda para hacer nada. Vive corriendo.

Robinson Díaz está sentado en una de las cafeterías del complejo de Caracol Televisión, donde ahora también queda *El Espectador*, porque comparten dueño. Desde hace año y medio conviven juntos. Periodistas y estrellas de televisión se confunden en los pasillos, se topan en el café y se saludan de vez en cuando.

—*¿Y cuando vuelve a dibujar?* — le dijo Élder Gutiérrez, jefe de redacción en uno de esos encuentros.

—*¡Uy no! No me alborote ese muerto*—

Robinson Díaz siguió trabajando normalmente durante la tarde. Se perdió en su personaje y condujo con tranquilidad a su casa. Estudió sus letras, como siempre, hasta la una de la mañana. Pero no pudo irse a dormir. No había dejado de pensar en la pregunta, ni un minuto en todo el día. Empezó a dibujar. Se quedó dos, o tal vez tres horas más despierto, haciendo caricaturas, regresando a la plumilla, la fina plumilla. “*Ahora no puedo parar, es que no puedo parar*”, dice enfatizando los gestos, como sorprendido de lo que dice, como si de verdad dibujar fuera una especie de convulsión, un impulso incontrolable que lo mueve a no dormir, a perderse en veladas eternas.

Al día siguiente buscó a Gutiérrez y le dijo que listo, que para cuando. Así que de nuevo y tal vez para nunca cesar, publica todos los domingos sus caricaturas bajo la firma 'Picho y Pucho' en *El Espectador*.

Cada día son más los actores de reality, “*ya no hay actores, hay celebridades*”, dice y se molesta. “*Uno no se puede dejar joder*”. Por eso trabaja y trabaja sin descanso para que esas celebridades no le quiten el puesto que él se ha ganado investigando, sufriendo. “*Yo lo viví en carne propia. En arte se dice que no se puede enseñar pero sí aprender. Tú ves que los actores ingleses están formados. Conocen de dramaturgia. Tienen información frente a las cámaras. Cuando llegan lo hacen bastante bien y arrasan. Los que empiezan como yo, como montañeros tienen que dar un montón de vueltas y de botes para descubrir los secretos de este arte*”. Entonces, ¿Cómo es que Robinson Díaz, termina envuelto con una actriz de reality? Según lo que él dice, Sara Corrales no sería una actriz sino una celebridad. Todo es humano, demasiado humano, le habría dicho Nietzsche .

Quizá, como él mismo confesó a los medios cuando explotó la bomba de su infidelidad, ella fue “un error”. Un error por el que se disculpó públicamente. Un error que le costó una separación de cinco años con su mujer de siempre, Adriana Arango. “*Qué pereza perder cinco años de tu vida en un escándalo*”, afirma ella desesperada de tener que hablar de lo mismo. Y sí, qué pereza. Ahora, que están juntos de nuevo, felices, como han mostrado en redes sociales y en todos lados, ahora que superaron esa escena que parecía eterna, ahora ya no vale la pena recordarlo.

Y es que ser una figura pública “*no se aprende a manejar nunca. Es un carro prestado. No es la propia vida. Estoy absolutamente preocupado por mi trabajo. Cada vez más hacia mí, a lo que produzco, hacia mi familia. Ya lo demás no lo puedo controlar*”.

Carlos Duplat y Humberto Riera lo llevaron a la televisión. “*Y me duele, por qué no decirlo, me duele*”.

Pero qué es lo que duele...

Sus primeras apariciones, como las de muchos otros, fueron de extra. Luego vinieron dos producciones: *'La maldición en el paraíso'* y *'Garzas al amanecer'*. Después llegó la fama, las campañas publicitarias y el reconocimiento como un ídolo en su región.

No dejó de estudiar, siguieron los talleres y las lecturas recurrentes, la búsqueda *"del pez dorado, de la buena emoción, de la verdad escénica. Siempre he estado a la caza de eso"*. Y como dice el director Andrés Marroquín, se le empezó a notar su capacidad para mutar. *"Él tiene una capacidad muy grande de hacer personajes muy diferentes el uno del otro"*.

Y caminó de la mano, todo el tiempo, de Adriana Arango *"a quien le debo mucho"*, y quién cree que *"el teatro es lo que nos ha unido"*. Ella admira su *"actitud repentista, su humor negro. Siempre, los tres, con Juan José, hemos estado creando mucho, inventando mundos nuevos"*. Arango es cinematografista, bailarina, productora, actriz. Siempre tiene nuevas ideas que encajan con las de él y que se convierten en la simbiosis perfecta.

Vive de la televisión, porque ni del teatro o del cine habría podido vivir nunca en Colombia. También su familia vive de ello. No le faltan los contratos. No para, no para de trabajar. Además, lo hace muy bien. Se ha ganado premios TV y Novelas, premios India Catalina. Le llega el cariño de la gente, que es lo único que le importa: *"El espectador final"*. Y se siente tranquilo con su actitud cada vez más sistémica. Cada vez mira más las horas de trabajo, el *rating*, las condiciones del contrato. Cada vez es más racional, más medido y a pesar de eso *"la pasión nunca se me jubila"*.

Entonces, ¿qué es lo que le duele?

"A la televisión fui movido por el rollo de hacer esto en serio. Quería migrar. Quería conocer otros directores, conocer el mundo. Estaba necesitado de migrar. Tenía todo el derecho, el ímpetu, además. Tenía una inestabilidad de toda índole. Propia de un muchacho de 22 años que quiere comerse el mundo. Con todo el dolor lo hice, me gané enemigos. Desgraciadamente, hoy no tengo una buena relación con el Matacandelas. Qué se le hace".

Eso es lo que le duele.

Juan José Díaz tiene 16 años y quiere hacer cine. Le encantan las imágenes. *“Imagínate que otra cosa podría salir de Robinson y yo”*, dice Arango.

“Ojalá”, comenta Díaz con brillo en los ojos de solo imaginarse que un día su hijo lo dirija en algún filme. Se parecen en su gusto por la creación, pero definitivamente, Juan José es más tranquilo, se toma más pausas.

Pero su papá tiene miedo de la universidad y de la rumba. Él la conoce bien, él sabe lo que es pasar toda una noche bailando salsa, su ritmo favorito. Él conoce de excesos.

“Yo he tomado la vida como viene. Cada vez me doy cuenta de que la rumba, en la cual estamos entrenados en Colombia, no sirve sino para crear hermosos cadáveres. Yo hice el curso de la rumba en Colombia y le recomiendo a todos, no sirve pa’ nada. Sirve pa’ puta mierda. Lo que sirve es trabajar: únicamente preocuparse por sí mismo y como dice el maestro Stanislavski, trabajar sobre uno mismo”.

Cuando termine de grabar *‘Tiro de Gracia’*, dice, como si estuviera convenciéndose a sí mismo, va a dedicarse a su familia. También va a regresar con una obra de teatro que se llama Sex Zoo, obra que montó junto a Alberto Barrero.

Por ahora, seguirá despierto hasta las tres de la mañana, desde las siete, sin un minuto de descanso mental. *“Llego en la mañana a llorar el secuestro de una hija en una escena y cinco minutos después tengo que reírme porque me robaron una caleta. Es impresionante. Uno no puede llegar a trabajar con heroína o con trago para eso. Tiene que estar 100% lúcido”*, agrega igual, como hablando para sí. *“Es que esto que yo hago se llama esquizofrenia”*.

Cuando Flora habla, solo la ven



**Flora Martínez, en uno de los ensayos previos al estreno de su obra en Bogotá.
Cortesía Gustavo Torrijos / *El Espectador***

Flora Martínez, el símbolo sexual de Colombia, tiene los ojos frágiles. Con nada llora. Su sensibilidad la ha mantenido protagonizando en Colombia y recibiendo uno de los mejores salarios de actrices en el país.

Ella siente y siente, es pura piel. Uno dice 'Flora' y la mitad de la población masculina de habla hispana tiene malos pensamientos. ¡Oh, Flora! Flora Martínez. Después de varios años viviendo fuera del país, ahí está, montada sobre ese escenario, cantando con esa voz melosa, dulce, algo empalagosa y diciendo cosas sin mucho sentido. Habla de filosofía, de medio ambiente, de la violencia en Colombia. Cita un montón de autores y películas que seguramente ha leído y visto en sus últimos años, ahora que es mamá de Sofía y quiere enseñarle cosas. Porque antes los libros y el cine la dormían, así lo confesó en una entrevista.

Entona jazz, blues y 'Solo le pido a Dios' de Mercedes Sosa para mostrarnos cuánto le duele la guerra. Y es que ella tenía que hablar porque estaba callada, atrapada en sus personajes,

perdida en lo que escriben sus libretistas. “¿Y cuándo habla la actriz? Nunca”, dice juntando las cejas y sintiendo real angustia. Porque es real: cada vez que dice que quiere montar un ancianato y ayudar a los abuelos que están por ahí en las peores condiciones, lo dice de verdad. Cada vez que en su monólogo escrito por ella -o como sea que se llame ese performance- mueve las caderas y se encorva para sujetarse el cabello y mostrar el cuello y la espalda, lo hace de verdad. A ella le duele lo que dice que le duele, ella ama lo que dice que ama y lo hace intensamente.

“UUH, ¡eso es, Flora!”, gritan sus amigos ¿tal vez familia? entre el público en la noche de estreno de ‘En el corazón de Flora’ en el teatro Leonardus de Bogotá. En la hora y media de presentación pregunta dos veces a su audiencia si el micrófono está bien, si la oyen correctamente. Y le responden “Sí”, todos en coro y la aplauden. Llega el final, ¿Terminó?, Sí, sí, ya terminó la obra.

“Quiero invitar a una persona muy importante para mí. A la persona que me despertó el amor por la música, a mi tío”. Sale el tío. Un señor de unos 70 o más con su guitarra y se sienta, como en la sala de la casa, a cantar con Flora. Ella, bella, sexy, una bomba sexual, encantadora como siempre, camina por el escenario y va a abrazar a su esposo que la acompañó durante toda la obra con el piano. Alguien comenta en el público: “me siento en una presentación de colegio, escuelera”. Pero Flora solo oye a los que la aplauden. La estrella de las novelas y ahora del cine, una de las consentidas de Almodóvar, según cuentan sus agentes de prensa y su esposo, está mostrando su lado humano al cantar con su tío. Sí que valen los pesos que se pagaron en la boleta con tal de verla deslizarse por las tablas y sentirse tan cómoda. Tenía años sin hacer teatro, tenía años sin pasar por Colombia. No importa si los diálogos fueron un discurso moralizante que sonó a Paulo Coelho. No importa si empalagó un poquito con todas esas terminaciones sensuales de su voz. No importa. Ella es una *femme fatale* y eso es más que suficiente. Y parece que lo sabe, a eso juega.

“Ya bájale un poquito, ¿bueno?”, le dijo uno de sus primeros maestros, Alfonso Ortiz, en una de las pocas discusiones que tuvieron por cuenta de esa sensibilidad desmesurada.

Ortiz no da detalles, porque todos los que han trabajado con ella tienen una especie de pacto de sangre en el que le guardan en silencio todos sus caprichos, que al parecer no fueron pocos.

Catalina Tobón, la luminotécnica de su obra, comenta *“Yo no hablo de cosas personales sobre Flora”*.

Y es que empezó a los 15, era una adolescente. Tenía derecho de ser inmadura, sórdida. De pasársela de rumba en rumba.

Hernando Martínez, el papá, decidió encerrarla en la casa y prohibirle ir al colegio. Estaba recién llegada de Canadá, dónde vivía desde la separación de sus padres que se conocieron en un verano, se enamoraron, hicieron a Flora y luego se distanciaron cuando la niña tenía cinco años. *“Yo estaba en la adolescencia y quería ir al colegio, conocer gente”*.

—¿Por qué mejor no piensas en lo que quieres hacer en la vida?— insistía Hernando.

—Necesito ir al colegio. Todos mis amigos del barrio lo hacen — replicó ella, pero su padre nunca cedió.

Furiosa, se fue de la casa y salió de viaje con unos amigos. Días después, lo llamó y le dijo.

—Ya sé: soy actriz.

*—Muy bien. Las princesas estudian con tutores—*le dijo su papá

Melinda Prwose es literata y desde Canadá entendió las razones para no poner a su hija adolescente a estudiar como formalmente entendemos el estudio. Hernando Martínez no sabía muy bien adónde llevarla, no era un experto en ese medio: *“Mi hermano me dijo que con Humberto Dorado. Pero en muchas academias exigían el título de bachiller”*.

Pasó primero por la escuela de Edgardo Román. Allí se enamoró de uno de sus maestros. Luego, durante cinco años se formó con Alfonso Ortiz, quien la recibió a los 15. En la primera audición supo que *“se trataba de un talento completamente puro. Todo lo que ella hacía era muy emocionante”*. Sí, eso es lo que ella genera en los directores: emoción. Wilson León es director de su nuevo monólogo y cree que *“la plasticidad de su cuerpo y la técnica hacen única a Flora”*. *Flora Martínez es un “animal cinematográfico”*, dijo alguna vez Vicente Aranda, según cuenta su marido, quien parece ser el mejor agente publicitario que pudo encontrar en la vida. Según él, Almódovar cree que es una actriz totalmente *“camaleónica”* y en Colombia la persiguen para protagonizar telenovelas. Eso sí, Flora es hoy la actriz mejor pagada del país, según Colarte.

Aquella primera vez, debía contar un episodio dramático de su vida. Y luego, porque según Ortiz, a los actores les gusta que les peguen en la cara, la puso a cantar los pollitos en el mismo tono de drama. *“Y fueron los pollitos más dramáticos que se imagine”*, recuerda.

Otro día, el maestro puso a su grupo de estudiantes a hacer uno de sus ejercicios clásicos: interpretar a un personaje totalmente opuesto a ellos. *“Por ejemplo, a mí no me gustan los curas, así que seguramente haría de cura. La idea es que se vengan vestidos desde la casa como el personaje”*.

En la hora de la clase vio entrar a un indigente, o tal vez una indigente, no sabía bien. *“Caray, se me coló este”*, pensó. Luego descubrió que era Flora Martínez, descalza y totalmente transformada, la que entraba por la puerta. En ese momento la escuela era en La Candelaria y ella caminó así desde la 45 con cuarta. *“Yo no les había pedido eso, pero ella lleva todo a los extremos. Es muy sensible. Demasiado sensible y eso también genera muchos conflictos emocionales”*. Por eso, cuando debían contar su experiencia, ella lloró porque ahora sí entendía lo que era la vida de un habitante de la calle.

Así, no había cumplido 20 años y ya aparecía en los elencos de *Leche*, *María Bonita* y *La otra mitad del sol*. *“En esa etapa, de los quince a los 20, estuve haciendo telenovelas hasta que me fui para Nueva York. Empecé muy niña y quedé como saturada. Como que no tenía nada más que decir, aunque quería decir muchas cosas. Yo sé que las novelas son entretenidas y todo, pero mi corazón estaba ahí apagado y mudo”*, cuenta la actriz con suavidad, con la mirada algo perdida, como si se le vinieran muchas ideas a la cabeza y le resultara difícil organizarlas.

Por esa misma época se enamoró con Jaime Garzón y ella misma ha contado que le encantaba hacerle pataletas. Lo celaba, lo perseguía. Cuando lo mataron, no soportó quedarse en el país y se fue para Europa. Tenía 26 años cuando el asesinato y dijo: *“un país que mata a su payaso, mata su alma, asesina la risa”*.

Viajó a Estados Unidos y estudió durante cinco años en el Conservatorio de Actores de Nueva York. Allí se reencontró, con lo que según su papá, es la verdadera ‘alma’ de Flora: la música. Estudió piano, canto y violín. También demostró su destreza bailando tango, flamenco y salsa. Al terminar su aprendizaje, rodó la película *Soplo de vida* bajo la batuta del director colombiano Luis Ospina. Con ese personaje se ganó el premio a la mejor actriz en el Festival de Cine de Biarritz. También ganó el Biznaga de Plata a mejor Actriz en el Festival de Cine de

Málaga y fue mencionada como “Mejor Actriz del Año” por la Unión de Críticos de Cine de Francia.

Y en el 2005, ya de vuelta en Colombia, llegó Rosario. Rosario Tijeras. Así como caminó de indigente para entender qué significa realmente serlo, esta vez visitó las comunas de Medellín, habló con niñas sicarias en cárceles y, de paso, tuvo que leer el libro.

En un artículo escrito por Jorge Franco en agosto de 2005 para la revista *Soho*, cuenta que ambos vieron juntos, por primera vez, la película editada. Narra como Flora fumaba y él bebía una botella de agua para calmar los nervios. Escribe:

“Flora recuerda cuando fue Rosario y también mató, me dice que cada disparo es una descarga energética muy violenta, cuenta que casi se desmaya en esa escena en la que le descerrajó tres tiros a un hombre en el baño de la discoteca, y cuando me lo cuenta estira su brazo y tiembla. Las mujeres con las que habló ella para preparar el personaje, muchas habían matado y le hablaron de ese temblor en las manos; por ahí en Medellín debe de estar el cuaderno donde Flora anotó las frases que ellas le dijeron, el recuerdo que quiso guardar de todas ellas”.

Porque ella tiene esa costumbre, perderse en sus personajes y le cuesta salir de ellos. Alfonso Ortiz lo dice: *“Flora puede llegar a afectarse con un personaje. Eso a veces es un problema”.* Desde que existe su hija Sofía, ahora intenta entrar y salir del personaje en el tiempo justo.

“Yo la vi poseída por una fuerza extraña un día en que fui al rodaje, en Medellín. Era una escena complicada, Rosario tocaba fondo, su actuación era intensa y conmovedora, yo quería que gritaran "corten" para que ella descansara, pero a pesar del "corten" Flora seguía siendo Rosario, aunque a veces sí parecía Flora, Flora "enrosariada" que defendía con ahínco el proceder de su personaje, y pedía respeto por ese espacio sagrado de todo actor donde la mentira es la más sincera de las verdades. Ahora se siente purificada”, agrega Franco y termina con esto: *“La actriz llora cuando ve que su personaje muere”, pero la actriz no está actuando, su tristeza es sincera. En cambio a mí me toca fingir para tragarme los suspiros”.*

Después de Rosario, cuenta José Reinoso, su esposo, le llovió una enorme cantidad de personajes. En todos la querían de puta, de drogadicta, de mujer fatal. Ella posó desnuda en *Soho* luego del estreno y de alguna forma reafirmó esa imagen. Lo hizo, pues según ella *“uno necesita también sentirse mujer, hembra y esas cosas ayudan”.* Luego vino sólo cine, las

telenovelas colombianas quedaron atrás, primero porque ya no podían inicialmente pagar lo que cobraba y segundo, porque ya ella era otra y el lenguaje del cine ya la había hechizado.

Llegó *'Canciones de Amor en Lolita's Club'*, dirigida por Vicente Aranda. Luego, *'El arte de robar'* de Leonel Viera. Al uruguayo José Reinoso lo contrataron para hacer la música de esa película y otra actriz había sido contratada para interpretar el personaje principal. Pero el director se encontró con Rosario Tijeras y cambio de opinión: era Flora quien quería, ella era su protagonista.

En el filme, el personaje se enamora de un pianista de jazz. Con el paso de los días de rodaje, Flora y José se conocen y también terminan enamorados. *"La música y el cine nos acercaron"*, cuenta él. La trayectoria de Reinoso en la música, que es muy amplia, ya lo había llevado a trabajar con artistas como Andrés Calamaro, Concha Buika y José Luis Perales. Ahora, en casa, tenía el reto de enseñarle música a su mujer. *"Flora tuvo la formación que reciben los músicos. De alguna manera ella ha sido víctima de mi exigencia"*. Mientras tanto, en medio del proceso, Sofía ha estado presente. Y aquí es la hija la que controla a su mamá, la saca de picos emocionales.

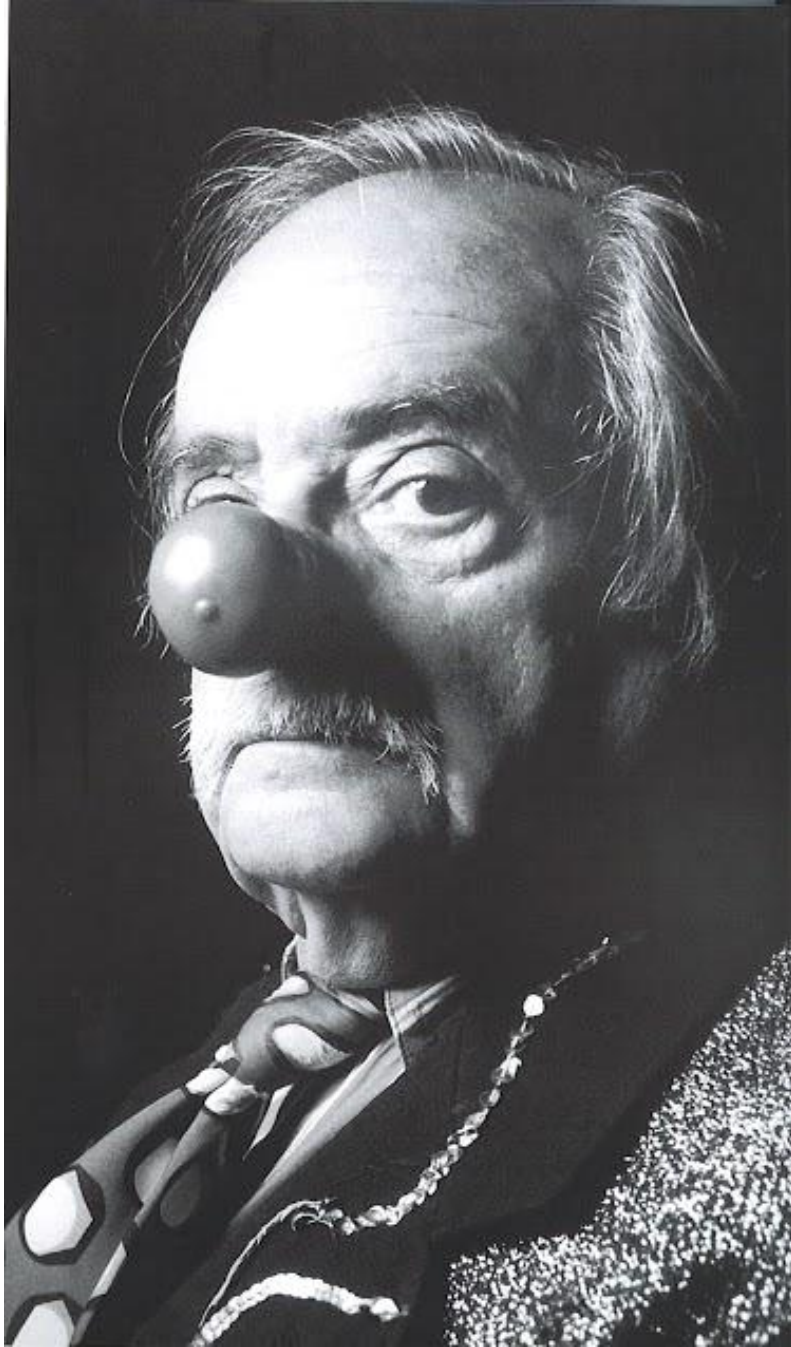
Flora pasó por todos los niveles de formación con su esposo, hasta que un día él le dijo: *"estás lista"*. Ella, que ya venía guardando una insatisfacción interna, un algo que le hacía falta pensó que era el momento de volver al teatro y cantar en vivo.

"Otra, otra", pide el público como en un concierto. El tío, entonces, interpreta otra canción en la guitarra y Reinoso la acompaña. *"El corazón de Flora es eso que muchas veces no se puede decir porque siempre habla la voz del libretista"*, dice la actriz sobre su obra.

Y eso hizo, hablar ella. Aunque probablemente nadie la escucha mucho, solo la ven. Es mejor así.

Santiago García

El maestro que olvidó el libreto



Santiago García, cuando aun recordaba. Cortesía Teatro La Candelaria.

Pintor, poeta en sus ratos libres, arquitecto de profesión, teatrero del alma, de la vida. El nombre de Santiago García es corto, pero encierra mucho: es un documento de las tablas en Colombia. Su nombre significa arte, coraje y sonrisas.

¿Dónde tiene la cabeza, maestro? ¿Dónde?

Tal vez se le perdió recordando ‘Galileo Galilei’, esa obra contundente, esa puesta en escena escrita por su ídolo, Bertolt Brecht. Usted la montó con el ‘Teatro Estudio’ de la Universidad Nacional del que era director. ¿Recuerda? Cómo olvidar a las 40 personas o más que participaron, el estreno magnífico en el Teatro Colón de Bogotá en 1965. Sólo 10 funciones, pero fueron suficientes para que Gonzalo Arango la elogiara en la prensa y para que se quedara guardada como una pieza insigne del teatro nacional. “*Un montaje nunca antes visto*”, así lo dice Patricia Ariza, su amiga, su antigua compañera, la mamá de una de sus hijas. Distintas facultades se unieron para trabajar en la obra, la de Artes se encargó de toda la escenografía, y usted, que había estudiado arquitectura, hizo lucir las cosas perfectas, como le gustan: con estructuras.

Luego, le arrancaron las primeras páginas del programa de mano, una a una, sin contemplaciones. Al parecer, como contó su amigo, el también dramaturgo Carlos José Reyes, la embajada de Estados Unidos se molestó con un artículo replicado allí, escrito por el físico Joseph Oppenheimer sobre la bomba atómica. También se indignaron con un texto que usted escribió sobre la responsabilidad social tanto de científicos como artistas. Dijeron que no había relación entre el montaje y esos artículos del programa que se entregaba a los asistentes antes del inicio de la función. El ejército allanó su oficina, los decomisó y luego destruyó las páginas que no les gustaron.

Eso le molestó mucho. Claro. La Universidad lo permitió todo y usted renunció. Pero ya un montón de gente lo seguía; le dijeron, “*nos vamos con usted*”, entre esos, Ariza. Con todas las herramientas de su formación usted podía hacer lo que quisiera en ese momento. Desde niño, en Puente Nacional, leía a Francisco de Quevedo y presenciaba las narraciones divertidas que contaban las empleadas de sus papás en la cocina, su papá militar, su mamá hija de una familia de alta alcurnia. Allí tuvo su primer contacto con el mundo, y sí que le tocó un mundo efervescente en la infancia. ¿Se acuerda de lo que le contó a Fernando Duque Mesa y a Jorge Prada en ese libro gordo, que le hicieron hace diez años y que se llama *El Teatro como coraje*? Les dijo que a los cuatro años, usted vio los crímenes más atroces cometidos en el parque de su pueblo, un pueblo liberal de los pies a la cabeza. Su casa tenía un balcón que daba a la plaza y desde ahí se enfrentó a las imágenes más atroces de la violencia colombiana. Demasiada sangre para un niño de esa edad, demasiado morbo.

Pero usted combatía todo con creatividad, con imaginación. Una vez, patrocinado por su papá, a quien le encantaba el teatro, escribió la primera obra de su vida cuando tenía sólo seis años y

no había leído a Hegel ni a nadie. Se llamaba ‘Sisí y Mimi’, y se trataba de una niña que a todo decía ‘sí’ y otra que a todo decía ‘mí’. Una era la representación del optimismo y la otra del egoísmo. Duraba unos diez minutos y era muy entretenida. Se reunió a verla toda la familia y algunos vecinos del pueblo. A su papá, curiosamente para un militar, le encantó, la disfrutó hasta el final. Mientras tanto, su mamá, santandereana de pura cepa, le dio la primera y más fuerte crítica que ha recibido:

—Tan ridículo que lo verán.

Usted se rió, porque de todo se ríe.

En el colegio Salesiano, cuando ya se vinieron a vivir a Bogotá, adquirió fama de buen actor. Allí existía, gracias a los curas, toda una parafernalia para el teatro: un gran escenario, una biblioteca enorme de obras de teatro, de autores italianos, franceses, españoles, que ellos mismos editaban. Para usted eso fue un banquete inesperado. Ensayaba, muy a lo profesional, dos horas diarias con Aristóbulo Gallo, un director bien exigente. En esa época iba todas las noches a cine y se la pasaba con un grupo de amigos reducido, usted nunca fue muy amigüero. Sus amigos eran los interesados, como usted, en la literatura, en el arte y en la pintura. ¡Sí, la pintura! Lo más importante de su vida para esa época era pintar. ¡Y sí que lo hacía bien! Nadie como usted en su clase y en todo el liceo para manejar el lienzo. El teatro era un gusto divertido, una entretención que se tomaba en serio, pero que en últimas servía sólo para pasar el rato. En cambio la pintura... ¡Ah, la pintura!

Se presentó en el ejército. ¿Recuerda lo obsesionado que estuvo con la admisión? Libraba una especie de pugna consigo mismo. Quería hacer parte de la milicia, pero lo rechazaron. Usted no servía para eso. Entre otras cosas, tenía miopía y los cornetes torcidos, así que se decepcionó, quedó frustrado con los deportes, pero como su familia no le dio importancia, lo superó con el paso del tiempo y con la ayuda de quienes leía por ese entonces con mucho ahínco: Fedor Dostoievski, Emile Zolá y Honorato de Balzac.

Más adelante estudió arquitectura, aquí y en Europa. Esa siempre había sido su pasión. No nos engañemos, usted se perdía observando edificios, pintando y haciendo maquetas durante el colegio. A La Nacional entró sin problemas, presentó el examen y lo pasó de inmediato. Estudió allá entre 1948 y 1951. En ese momento viajó a París, porque allá quiso completar su formación. Estudió un año en la Escuela de Bellas Artes, luego estuvo en Londres y terminó en Venecia. Tal vez lo que pasó con su cabeza es que se quedó ahí, perdida en Venecia. Cómo no, yo lo

entiendo. Era la Venecia en la que se concentraban las figuras más destacadas de la arquitectura orgánica, con Frank Wright como su máximo exponente. Eso a usted le interesaba tanto... amó tanto esa ciudad....

Sin embargo, volvió al país. Llegó a la Universidad de los Andes a pedir que le convalidaran sus estudios y luego entró a trabajar como arquitecto en una firma que se llamaba Esguerra y Esguerra. Usted nunca olvidó ese nombre, ahora ya no lo recuerda. Ahí no duró mucho, adivine la razón: llegaba la televisión a Colombia y con ella se le alborotó a usted el bicho del teatro que al parecer había quedado obnubilado, opacado por todo el urbanismo europeo.

Rojas Pinilla trajo a Seki Sano, un realizador japonés, para que formara actores necesarios en la recién llegada televisión. El General ordenó a sus ministros traer el mejor director de teatro del mundo para que se encargara de nutrir los televisores de actores. Pero la cosa se le salió de las manos. Seki Sano montó una escuela seria, mucho más de lo que había imaginado Rojas y el mandato original fue traicionado: la formación cada vez más se encaminó hacia el teatro y no hacia la televisión.

Y con Seki Sano usted quedó perdido de amor por el teatro y aunque pintaba muy bien, no volvió a la arquitectura. En la audición, Seki Sano le preguntó por qué quería entrar a la escuela. Usted le dijo: *“No sé por qué quiero entrar, pero de pronto me dio un interés muy grande por venir a ver cómo es esto”*. Luego le contó que había estudiado arquitectura en distintas ciudades de Europa y que su interés en la vida eran la arquitectura y la pintura. Pero que, de pronto, había sentido el impulso por hacer esa audición.

Tan pronto terminó la entrevista, Seki Sano lo recibió en el instituto. Al día siguiente usted corrió a renunciar en Esguerra y Esguerra, no porque le estuviera yendo mal. Al contrario, le iba muy bien. Pero necesitaba el tiempo. Es que en la escuela iba usted a conocer a un montón de gente interesante que trabajaba ya en la Televisora Nacional: Fausto Cabrera, Bernardo Romero Lozano y otros.

Se fue a Alemania a estudiar teatro, tuvo el honor de ser discípulo directo de Stanislawski, estudió con la viuda de Brecht y volvió lleno de conocimiento. Así, después de su renuncia a la universidad, hizo realmente lo que se le vino en gana: formar la Casa de la Cultura, hoy el Teatro La Candelaria.

Y ahí empezó a derramar coraje. Empezó a inundar a su gente de valentía e integridad. Usted los contagió a todos con las ganas de salir adelante y de sobrevivir con y del teatro en un país adverso; eso dice Cesar Badillo, su alumno. ¿Lo recuerda? Sí, debe recordarlo porque usted no olvida a los suyos. Comieron pastas con mantequilla La Fina todos los días porque no había más, porque tocaba incluso meter indigentes a la sala para completar la exigencia de los actores del grupo: que al menos tengamos 10 personas en el público. La gente no sabía de teatro. Usted, prácticamente, se inventó el teatro en Colombia.

En 1967 casi los echan de la sede que tenían en la carrera 13 con calle 20. Le tocó pedirle a su grupo hacer malabares para superar ese percance hasta que consiguieron la sede en la que residen actualmente. Ahora, 48 años después, La Candelaria, según Ariza, todavía “*tiene un déficit económico y un superávit creativo*”. Usted perdió la memoria, le llegó el Alzheimer sin alcanzar a ganarse más de un salario mínimo, eso en los buenos tiempos. En 1984 le ofrecieron mejorarle el sueldo, pero usted se opuso. “*Ni de fundas*”, les dijo.

En 1975 dirigió la obra más vista del teatro colombiano en todo el siglo XX. Su cabeza, perfectamente, también pudo quedarse ahí. En ese guión, en esa creación colectiva elaborada bajo su batuta. Se llamó *Guadalupe años sin cuenta* y narra los sucesos de la lucha popular de Guadalupe Salcedo, un campesino alzado en armas y afiliado al Partido Liberal en el territorio de los Llanos Orientales de Colombia. ¿Recuerda ese arranque? El escenario completamente vacío mientras se escucha un altavoz exigiéndole a Salcedo su rendición. Qué recuerdos los de esos años, maestro.

Y por mantener su grupo unido lo daba todo, a pesar de la falta de plata y de los problemas internos. Nora González dice que en medio de los conflictos entre los integrantes, usted aparecía para recordarles que lo más importante era el proyecto artístico, la obra. Con su ejemplo y sus palabras los mantuvo unidos. Consuelo Luzardo contó una vez que usted les “*exigía con gracia*”. Después de eso, llegaba a su casa a mirar las estrellas con su hija Catalina, porque como ella afirma, a usted le encantan las constelaciones. Nunca lo vio triste, porque usted es un payaso, uno irreverente que cuestiona todo, un sonriente consumado al que también le encantan las sonrisas de los otros y les dice chistes a los suyos en los peores momentos: “*Nosotros no hacemos dinero, hacemos teatro*”, repetía. A Catalina le enseñó a hacer lo que le gusta “*sin importar nunca lo que piense la gente*”. Triste entonces no, pero sí muy bravo: bravo porque un actor se le iba del grupo, porque le allanaron el teatro y lo persiguieron durante el gobierno de Turbay Ayala, pues descubrieron que usted es de izquierda. Bravo, también, con los radicales de izquierda y furioso con los de derecha.

Pero sí, es cierto. Mejor no recuerde eso. Quédese en dónde está, en lo que no olvida: su teatro. Cada vez que usted pasa por La Candelaria a saludar a su grupo, todo se ilumina. Y es que aunque no los dirige hace tres años, usted es el director, siempre. También ilumina su barrio cada vez que sale por la calle y desconocidos lo detienen y le gritan: *maestro, ¡qué viva el maestro!* Usted da la mano y hace bromas, porque lo que se le quedó de su vida, en este nuevo estado de locura, es la felicidad. Nadie como usted para tener el derecho de estar loco. Después de tanto *performance* y representaciones, perder la cabeza, así, es justo y necesario.

Patricia Ariza

El performance de Patricia Ariza



Patricia Ariza, el día que recibió el ‘Premio Defensores’ por su trabajo por los derechos humanos. Cortesía *El Espectador*.

Durante más de 30 años, esta mujer se ha convertido en el rostro del teatro en el país y en la gestora de causas aparentemente perdidas.

“Desgraciado el país que no tiene héroes” le dice a Galileo su alumno Andrea Sarti

“No, error. Desgraciado el país que necesita héroes” le contesta Galileo.

Desde 1965, Ariza cree que ese es el diálogo más bello que ha leído.

Cuando la niña Patricia Ariza llegó a la tienda de su barrio, sólo encontró cenizas. Todo el salario del primer mes de trabajo de su padre estaba hecho polvo. Él mismo lo quemó alegando que ese dinero era su opresión y frente a los vecinos decidió destruirlo. Al lado, su esposa no pudo disimular la cara de tristeza: se necesitaba el dinero, la economía familiar no andaba bien. Estaban recién llegados de su pueblo y la capital se mostraba hostil, cruel. Él, que tallaba

madera como un artista, que trabajaba escribiendo cartas de amor por su letra preciosa, él, era ahora un obrero en la fábrica ‘Camacho Roldán’. *“Fue un acto muy doloroso y también muy valiente”*, dice Ariza. Por eso el momento se le quedó grabado en la memoria; desde ese día y para siempre se volvió zurda, roja.

“Ser de izquierda no tiene porqué ser un delito, es una postura ideológica, una forma de leer la vida”. Aunque ella nació en un país en el que muchos entienden todo lo contrario. Nació en Vélez, Santander en 1946, y de allí sus papás salieron huyendo. Mucha pobreza, mucha violencia. “Mis padres eran gente muy del pueblo, en cambio yo ya fui muy urbana, si es que se le puede llamar urbana a la Bogotá de los años cincuenta”. Sin embargo, esa Bogotá también explotó varias veces frente a su cara y frente a la de sus papás que vivieron todos los horrores sociales del ‘Bogotazo’. El golpe militar de Rojas Pinilla la dejó sin fiesta de primera comunión. El ejército se tomó la ciudad y fue imposible celebrar. En 1956, en la plaza de toros, tuvo que escabullirse junto a su hermana mayor para escaparse de una golpiza. *“El día anterior habían chiflado en la plaza a María Eugenia, la hija de Rojas Pinilla. Iba gente vestida de civil, con ruanas, y se armó una cosa terrible. Le pegaron a la gente. Fue muy violento”*.

Esa violencia que llevaba viendo desde niña, se le reveló en persona en los años 80. Militaba con la Unión Patriótica (UP) y era junto con Santiago García la fundadora del teatro La Candelaria y de la Corporación colombiana de teatro. Llevaba años siendo activista, liderando programas para indigentes, adultos mayores y mujeres. Le allanaron su casa, su teatro y “me mataron centenares de hermanos”, dice refiriéndose a sus compañeros de la UP. Se salvó porque acogió un asilo en Cuba y se llevó a su familia. *“Lo que me pasó a mí no fue nada, en este país la gente sí que ha sufrido mucho”*, comenta como desprendiéndose del dolor, como ignorando su sufrimiento. *“Cuando a uno lo persiguen, como la persiguieron a ella, tiene que superarlo y eso solo se supera convirtiendo el dolor en fuerza, en poesía”*, afirma el profesor Carlos Satizábal, su actual compañero, como ella lo llama.

Y es que Patricia Ariza convirtió su tragedia en creatividad. Desde niña, su papá se encargaba de explicarle todo sobre su contexto, el porqué de las guerras, de la vida. Le daba clases de geografía, de historia, de literatura. Cuando empezó el colegio llegó preparada, quizá demasiado preparada. *“Entré a cursar primero de primaria y me sentía muy mal, ya sabía todo”*. Así que se fue a otro colegio, presentó un examen de admisión y la recibieron en primero de bachillerato, saltándose como cinco cursos. Con los años, la familia se llenó de orgullo. La menor, la niña, se iba a graduar de quince años. *“En esa época eso era un fenómeno, porque todas mis compañeras tenían 19 o incluso más de 20”*, cuenta.

Pero la echaron. Encontraron la historia que llevaba escribiendo durante meses. Un verdadero relato de amor con un teniente, apasionado, detallado y escrito a manera de diario. Aunque tomó las precauciones necesarias y lo escribió de para atrás *“porque yo escribo mejor de para atrás que de para adelante”*, las monjas descubrieron el truco y lo leyeron todo con un espejo. El tema fue demasiado erótico para ellas y la sacaron del colegio. De nada sirvió el hígado licuado que le hacía la mamá para alimentarle la inteligencia, era un adiós a la escuela porque no quería más luchas con las directivas.

Se fue para Medellín a vivir con una hermana. Allá llamó a Gonzalo Arango y le dijo que quería ser nadaísta. Arango la escuchó, se pusieron una cita y terminaron por ennoviarse. *“Gonzalo era todo lo que yo me imaginaba como artista, pero no como hombre. Era como el marido que no quería tener”*. Todo un controlador. Entonces terminaron y se dedicó a lo que realmente quería: hacer parte del movimiento. *“El nadaísmo era una performance, un acto de presencia ambulante”*. Irrumpían en bares, restaurantes o sitios de billar restringidos a los hombres, a las meseras y a Patricia. Vivían siempre en gavilla, porque así se sentían respaldados de los insultos y las agresiones que algunos lanzaban cuando iban por la calle. *“Pero otras personas también nos querían muchísimo y por el simple hecho de ser nadaístas, sin conocernos, nos invitaban a sus casas”*.

Con ellos, integró una sociedad que decidió asentarse en ‘Isla Nada’, o así se llamaba ese lugar en la literatura. Ni idea cuál era su nombre real. Se montaron a un bote, buscándola, pasaron por la Gorgona, pero no encontraron la nada. No había isla. *“Allá el mar es muy extraño y parece que las islas desaparecen”*.

—*Hasta aquí los traigo*— les dijo el conductor de la lancha.

Así que les tocó bajarse en cualquier orilla. Esa noche durmieron por ahí, bajo la luna, hasta que a la mañana siguiente conocieron a unos lugareños. Eran una población afro, residente del lugar, y los acogieron como si fueran parte de la familia. Les permitieron dormir en una esterilla, les enseñaron a pescar, a conocer el lugar y les brindaban agua de panela y plátano, lo que comían todos los días. Ariza, mientras tanto, temía por los animales. Sentía pavor de que le picara una culebra, es que estaba en medio de la selva y el mar. No había más.

Con el tiempo, los nadaístas terminaron en una pelea irreconciliable, por egos, sobre todo. Patricia se hizo sola su propio camino. Consiguió un trabajo en un restaurante en Tumaco,

pues la dueña era santandereana y se cayeron muy bien. En ese momento entendió para qué le habían servido sus años con las monjas. “*Descubrí que con ellas uno aprende de todo*”. acauando le indicaron que su trabajo era coser unos uniformes, respondió convencida:

— *Claro que sí. Yo sé hacerlo.*

Un día, sentada en el restaurante, tuvo una visión: su hermano entraba por la puerta del lugar. Pensó que estaba algo cansada, pero parpadeó y no, era él, era su hermano.

—*Te hemos estado buscando desesperadamente*—le dijo

El muchacho había emprendido una búsqueda por todo el país, en tiempos de ausencia de celulares y de internet con tal de encontrar a su hermana menor desaparecida.

—*Vente conmigo*

—*Bueno, pero si le pagas el pasaje a todos los demás*

Él, que estudiaba ingeniería industrial y trabajaba muy fuerte para apoyar a su familia, le hizo caso a su hermana. Ese mismo día Ariza regresó a Bogotá y se trajo al resto del equipo.

—*Hasta hoy trabajo en la Universidad Nacional. Quiero formar un teatro propio, independiente. ¿Quiénes me acompañan?*— preguntó Santiago García en la fiesta de lanzamiento de Galileo Galilei, en 1965.

Patricia, recién llegada de la costa, había presentado unas pruebas en el Ministerio de educación que le permitieron ingresar a la Universidad Nacional sin título de bachiller. Estudiaba arte, cuando el maestro, que ya era un maestro cuando ingresó a la universidad, fue contratado para hacer el montaje de la obra de Bertolt Bretch. “*Era la universidad Nacional de Camilo Torres, de Orlando Fals Borda. Hoy la Nacional es una universidad importante, pero en ese tiempo era el centro del pensamiento de cambio en Colombia*”, aclara.

Cuando decomisaron y destruyeron el programa de mano de la obra, porque contenía algunos artículos que fueron considerados inapropiados, Ariza emprendió la primera acción revolucionaria de su vida: reproducir todos los textos en mimeógrafo. Así que, cuando García preguntó quienes lo acompañaban, ella fue la primera en levantar la mano.

“Me retiré de la Universidad Nacional, pero hice el doctorado de montar junto a Santiago el Teatro La Candelaria”. Luego, “me enganché con Santiago”.

Se engancharon por décadas, trabajando juntos y haciendo una vida juntos, de la que nació Catalina, la única hija de ella. La niña creció en medio del olor al arte, de los esfuerzos por sobrevivir con el teatro en un país adverso. Vivían en el teatro de la Candelaria que también servía de hogar familiar. Por eso dice que su mamá es tenaz y valiente. Porque solo la ha visto vivir luchando. Quizá por ese contacto permanente con la cultura se hizo guionista de televisión.

Desde hace 23 años, se echó al hombro el Festival Mujeres en Escena por la Paz, en el que año tras año rescata lo mejor de las dramaturgas y lo exhibe a través de puestas en escena, conferencias y conversatorios. *“Me di cuenta de que el movimiento teatral estaba muy masculinizado. Las mujeres estaban más en la actuación o la organización de eventos. Me parece muy importante hacer un festival para visibilizar a las mujeres que estaban en la dirección y en la dramaturgia. Esta decisión se fue volviendo más compleja. Hoy día es impresionante la cantidad de mujeres que hay en este ámbito en Colombia. Y además haciendo un teatro muy bueno desde el punto de vista estético y también con una sensibilidad muy especial”,* cuenta.

Y es que las mujeres y el feminismo han sido una de sus muchas luchas. *“Las mujeres solemos ser deshonestas entre nosotras. Pero Patricia es transparente, siempre quiere impulsar, apoyar. Es una excelente amiga de sus amigas”,* dice su amiga Alba Cecilia Pineda.

En 2008 fue condecorada con la Orden del Congreso en reconocimiento a *“toda una vida dedicada a la cultura”*. Ahora, recibirá el premio de la organización estadounidense ‘League of Professional Theatre Women’, por su compromiso durante 47 años en el sector cultural. Algo así como el Oscar del teatro en el mundo.

“Patricia ha sido muy premiada, pero sobre todo a nivel internacional. Aquí en Colombia, fíjese, creo que aún no nos hemos percatado de su labor, su sistematicidad, su honestidad”, dice Pineda. El premio Defensores, que recibió hace unas semanas a nivel nacional por toda una vida como defensora de los derechos humanos, le apunta a sacarla de ese espacio grisáceo que es el silencio y el anonimato. Fue la única ganadora escogida por su trabajo desde la cultura. *“Los premios son maravillosos, pues ayudan a subsistir. Del teatro... difícil”,* agrega Ariza con la pausa y la coherencia que caracterizan sus palabras.

En su casa en La Candelaria, llena de fotografías antiguas, arlequines, matas, máscaras y libros, se funde en un abrazo con Santiago García. Él, que ya lo ha olvidado todo por cuenta del alzheimer, no la olvida a ella y le da un beso cerquita a la boca, porque tal vez lo que olvidó es que ya no son pareja.

Pero no se queda mucho tiempo en casa. Ya no vive en el teatro, aunque solo queda a media cuadra. Debe volver pronto a su sitio de trabajo, porque su vida es una pieza teatral que no descansa, en la que nunca baja el ritmo. O como lo habría de decir sobre el nadaísmo, ella es *“una performance ambulante”*.

Las letras tristes de Enrique Carriazo



Enrique Carriazo y Jacqueline Arenal. Tomada de Colarte.

La escritura llegó primero que la actuación para él. Con ella bajo el brazo, ha sobrevivido a la tristeza. Son las letras las que le permiten, a pesar de todo, sonreír.

Jacqueline Arenal ha visto a su hombre mal muchas veces. Tantas, que ya no recuerda una ocasión en particular. Tantas, que ya se acostumbró a compartirlo con esa intrusa, con esa otra que se llama Tristeza y que a veces se lo arranca, se lo arrebatata y lo sumerge en crisis. Pero él ha hecho todo lo posible porque la otra no contamine ese fuerte de amor que llevan 10 años construyendo. Y ella lo ama y lo arropa e intenta curarle las heridas, pero no puede. “*No es algo que yo pueda resolver*”. No. No lo puede resolver. La tristeza de Carriazo está amarrada a su pasado, anclada a sus orígenes, sumergida en su memoria, atada a los primeros años de su vida.

Por eso no tuvo hijos. “*No pude tenerlos, temía repetir involuntariamente lo que yo había vivido*”. Lo dice así: “*no pudo*”. Como si fuera una condición biológica, como si realmente esa Tristeza resulte una inhabilidad insuperable que le impide ser papá. Arenal sí tiene una hija de antes, Camila Bordón, una jovencita de unos 20 años igual de bella a ella. Quién sabe qué habría pasado si Camila no existiera, si la actriz hubiese querido ser mamá junto a Carriazo. Quien sabe si ahí Tristeza sí hubiese contaminado ese matrimonio sin papeles que empezó una vez se conocieron durante la grabación de la novela Los Reyes.

Arenal, recién llegada de Cuba, no tenía ni la menor idea sobre cómo moverse en Bogotá. La propuesta del protagónico femenino en esa telenovela la había sacado de su país. Estaba en el canal Caracol, perdida, pues no conocía nadie del elenco. A duras penas al director.

—*¿Estás un poco agobiada?*— le preguntó Carriazo

Arenal asintió y se dejó llevar del desconocido a hacer un recorrido por el canal. Él fue el único gentil en ese laberinto de estudios y oficinas y cámaras y cables. La ayudó toda la tarde a hacer vueltas y a resolver los detalles de su contrato. Terminó preguntándole si la llevaba al hotel.

—*¿Por qué no?*— se dijo a sí misma.

Se montó a su carro, conversaron y se rieron. “*Qué tipo tan amable*”, era el pensamiento que, durante el recorrido, se le venía constantemente a la cabeza. Luego, cuando ya casi iban a llegar, le contó que él era el protagonista de la serie. Arenal se sorprendió y le pareció un muy buen detalle que no le hubiera mencionado el tema antes, que no hubiera sido un fanfarrón con su nombre y su trayectoria, que no le mencionara todo el recorrido como actor que ya tenía para ese entonces en el país.

Y sí que tenía una gran hoja de vida para mostrar en esa primera cita no buscada. Carriazo nació y creció en Bogotá en una familia que prefiere no recordar, pero que no puede olvidar.

Pocas veces da entrevistas, pero según me dice, los periodistas no le molestan. “*Tiene que ver (su actitud) con las delicadas e inusuales situaciones que he vivido. Por el contrario los periodistas han sido muy generosos conmigo y gracias a ellos he podido explicar el trasfondo de mis actuaciones y así abrir la posibilidad de que el espectador se guíe, para que encuentre en ellas algo de consuelo a sus propias vivencias*”. Pero un periodista de la revista ‘15 minutos’ cree que “*Carriazo es una de las estrellas más escurridizas que he conocido. Llevo mucho tiempo esperando que me conteste y ya no creo que lo haga*”.

Meses atrás decidió abrirse a la prensa y contar, contar su dolor para que otros como él no se sintieran solos. “*Cuando tenía 8 años, debido a la situación que vivía en mi casa, pensé en quitarme la vida. De repente, y misteriosamente, un perro pastor alemán rasguñó la puerta de vidrio de la entrada principal de mi casa, entró y se instaló en el segundo piso. Llevaba un collar del que colgaba una placa metálica sin nombre*”, le dijo a la revista ‘Elenco’ en

septiembre de 2013. El animal se convirtió en su mascota y tiempo después apareció muerto. Años más tarde descubrió que fue su papá el asesino.

Así que para huir de esa realidad, para crear mundos que lo alejaran de esa casa en el barrio La Esmeralda, escribía. Escribía para escapar a las malas palabras y a los golpes y a las humillaciones y a los gritos y a los sin sentidos de una vida familiar siniestra. *“El interés en la ficción se dio, tal vez, con la intención infantil de tratar de vivir en un universo paralelo, donde, a diferencia de lo que yo vivía, las razones que motivaban a las personas fueran claras y evidentes. Tenía más interés en escribir que en actuar porque tenía la impresión de que los escritores, a diferencia mía, comprendían con mucha claridad sus propios mundos”*.

Para saber si sus textos de verdad expresan lo que siente, para confirmar que dicen lo que él pretende que digan, se asesora. Ha recibido clases de Raquel Carrió en Cuba, del guionista y asesor Eliseo Altunaga también en Cuba, del asesor Miguel Machalsky en París y del escritor y director Mauricio Navas en Bogotá. *“Me atrevería a decir que el talento de Enrique como creador de contenidos es igual de avasallador que el que tiene como actor”*, dice Margarita Rosa de Francisco. Para Sergio Cabrera, quien lo dirigió en Doctor Mata, *“ese conocimiento de la psicología y la psiquiatría, que aplica tan bien en la actuación, también es muy útil cuando escribe. He leído dos de sus películas y un guión de una serie de televisión. Todos me parecen proyectos muy interesantes”*.

El misterio que pone frente a las cámaras, el enigma que supone su figura para los periodistas, se rompe cuando está actuando, cuando se trata de compartir con un elenco y un director. *“Con Enrique se conversa muy fácil”*, agrega Cabrera, quien supo que era Carriazo el ideal para interpretar al Doctor Mata en su novela. Quería un actor con oficio, no quería drama sin matices. Quería a Carriazo y, según él, *“hizo una interpretación muy inteligente”*. *“Desde que tuve el honor de trabajar a su lado supe que de él aprendería más que de ningún otro. Durante años busqué en muchos lugares sin encontrar quien pudiera ayudarme a crecer como actor, quién me pudiera guiar con certeza en el camino intangible de la actuación, hasta que la generosidad de Enrique lo hizo posible. Hoy sé que tengo al mejor maestro de actuación”*, afirma Sebastián Martínez.

Fue el interés por la escritura lo que lo llevó a salir de su casa. A aterrizar en los brazos del teatro La Candelaria, que según el maestro César Badillo, siempre ha tenido un interés especial por impulsar jóvenes talentosos, por acogerlos.

Se encontró un anuncio en el periódico *El Espacio*. Era sobre un taller de investigación con Santiago García, un laboratorio de estética que se dictaba todas las tardes de 3 a 6 y al que también asistía Fabio Rubiano. Fernando Peñuela, Álvaro Rodríguez y César Badillo lo recibieron con los brazos abiertos y cuando descubrieron sus capacidades, lo propusieron al grupo. Los conquistó su buena onda, su disposición, su tranquilidad. *“Enrique siempre ha sido muy poco avionetudo, muy poco ansioso por el éxito y esas cosas”*, dice Badillo.

“En La Candelaria lo impulsábamos como persona y artista”, agrega. A Carriazo se le veía feliz en esa época. En la mañana hacía teatro y en la tarde, se la pasaba en el taller de investigación. Para mantenerse, siempre se inventaba algo: dictaba talleres, daba clases. Él había estudiado en una escuela de cine, *“con eso se la rebuscaba, aunque no sabía cobrar. Yo no sé si ya aprendió”*.

Carriazo, de la mano del teatro, huyó de su familia. Cerró las puertas de su casa y tiró las llaves para nunca más encontrarlas. Se fue a vivir un tiempo con Badillo, en un apartamento en La Candelaria y allá también la pasó bueno. No tenía ni idea de cómo cocinar, todavía no la tiene, pero junto a su compañero sobrevivía. Iban a muchas fiestas y él era el animador, el más chistoso, el ‘alma’ de la rumba.

Estuvo tres años dedicado al teatro. Luego de toda esa formación, intensiva, que lo dejó convencido de que el actor necesita método, lo llamaron en 1993 para hacer el personaje de Víctor, el eterno enamorado de la protagonista en la novela *‘Solo una mujer’*.

Después de esa primera vez vinieron muchas novelas y películas y series y más series y nunca se sintió mal o arrepentido por dejar las tablas. *“La televisión me ha permitido formarme; ahí he probado ideas para poder desarrollar un método que cumpla con mis necesidades emocionales, así que le guardo un profundo agradecimiento”*.

Esporádicamente volvía al teatro, incluso representó a Hamlet alguna vez. La gente lo reconocía por las calles, pero nada como su personaje de ‘Beto Reyes’ en la telenovela *‘Los Reyes’* grabada en 2005. Ese personaje le trajo una fama inusitada, una locura colectiva, un montón de autógrafos y fotografías por las aceras.

La novela es la versión colombiana de Los Roldán, un guión argentino igual de exitoso en su país. Carriazo interpreta al personaje principal, un hombre perteneciente a una familia humilde que fue nombrado, por las casualidades de la vida, gerente de una multinacional. A partir de

ahí su nombre adquiere una dimensión distinta. La historia alcanzó un promedio de 33.1 de rating de hogares y catapultó a Enrique Carriazo como uno de los mejores actores del país y además, de los más populares. Se dice que tras este éxito, Carriazo se convirtió en uno de los actores mejor pagados de la televisión y que su sueldo está alrededor de los 100 millones de pesos mensuales en una producción.

Y fue Los Reyes la historia que le cambió la vida. Mientras Jacqueline Arenal, luego de que Enrique la dejara en el hotel se quedó pensando en que el tipo era buena persona y que quería una gran amistad, ya él estaba pensando en otra cosa.

“Desde un comienzo Jacqueline me atrajo profundamente y con el paso del tiempo iba a saber por qué tan poderosamente”.

Él la vio y le encantó. Tenía una magia especial, algo, ese algo. ¿Tal vez era ese acento caribeño? ¿Tal vez los ojazos verdes? ¿Tal vez su frescura y su desparpajo? ¿Tal vez su inteligencia? Por todo eso se enamoró y la define como sólo se pueden definir los enamorados: *“Jacqueline es una mujer con una capacidad para vivir con la fuerza que le dan la compasión, el amor y la dignidad”.*

Ella también utiliza todos los adjetivos que tiene a su alcance: *“Enrique es tremendamente estudioso, no deja nada a la casualidad. Trabaja con un método de actuación propio que él ha ido trabajando con los años. Admiro esa dedicación enorme al trabajo. El vino con un talento muy especial a esta vida”.*

Ese método del que habla Arenal quedó exhibido en doctor Mata, aunque esta vez cambió un poco de estrategia. No da muchos detalles, pero es un método exhaustivo, que sigue línea a línea y que examina con lupa después de realizado el trabajo para confirmar que está haciendo lo correcto. Aceptó el personaje porque le permitía trabajar con sus demonios, porque le traía recuerdos. Yuri Vargas, actriz que coprotagonizó con él la novela, cree que *“cada escena a su lado fue una clase de actuación”.* Ella lo veía en televisión cuando era pequeña y ahora que lo conoce, sólo puede descrestarla. *“Es una persona muy generosa. Siempre quiere escuchar, que le cuentes tus cosas, tus problemas”.*

Carriazo, interpretando a Nepomuceno Matallana, es un tipo cínico, irónico, cruel. Un hombre con las peores intenciones y las mejores sonrisas. Tóxico pero al mismo tiempo necesario para quienes lo rodean. *“Creo que esa impresión que tienes acerca del personaje, es la misma que,*

durante años, yo tuve de mis padres. Tardé más de treinta y cinco años en definir con precisión la manera en que ellos me han tratado durante toda mi vida. Y esta fue la base para crear al doctor Mata”.

— *Yo fui un niño maltratado* — decía constantemente su personaje para justificar la desidia de sus acciones.

Esa base para el Doctor Mata, ha sido la base de su vida. El pasado que lo pone a llorar cada vez que siente que no puede sobrevivir a sus consecuencias. Pero también el pasado que le ha permitido actuar y que por la actuación, lo puso en el mismo camino de Jacqueline Arenal. “*Estábamos predestinados a estar juntos*”, dice ella, quien se queda con sus momentos felices, con la primera vez que fueron a Cuba juntos, con su rostro de niño chiquito cada vez que se ponen a trabajar en uno de sus proyectos.

Por ahora, seguirá escribiendo y trabajando en ese nuevo reto, un reality show, porque el reality se le parece al documental y el documental es para él un género maravilloso. Seguirá escribiendo películas e historias para seguir huyendo de Tristeza y así ganarle una guerra que libra día tras día, cada vez que abre los ojos, cada vez que está vivo. Y la combate haciendo chistes y conversando y actuando. En su guerra contra el desasosiego, Carriazo sonríe.

Conclusiones

- No es lo mismo perfilar a un anónimo que a un personaje reconocido. Las celebridades cuidan su imagen pública y están cansadas de ser perseguidas. No es fácil desentrañar su identidad. En este caso, como todos mis personajes son actores, fue aún más grande el reto de descifrarlos. Muchos, en sus vidas, hacen lo mismo que en sus trabajos: seguir un libreto. Sacarlos de ahí fue todo un desafío. Fui descubriendo que les gusta ser escuchados, entre más silencios míos encontraban, más ligeros se iban volviendo en sus relatos. Entre menos sabían qué estaba pensando su interlocutor, más necesario se hacía para ellos dar explicaciones nunca solicitadas, pero muy útiles para este trabajo. Por eso estoy tan agradecida con las ocho personas que aceptaron hacer parte de esta tesis de grado y me permitieron entrar a sus casas, sus talleres y oficinas. Probablemente, si yo estuviera en su lugar, habría sido difícil dejar meter en mi vida a una estudiante universitaria sin nombre ni trayectoria.
- Inicialmente, la intención de este trabajo era retratar la condición del actor en Colombia sin importar su prestigio. Uno de los primeros procesos de reportería, se hizo con Omar Vásquez, estudiante de esta universidad que se hizo famoso a nivel nacional con el *reality* ‘*Protagonistas de nuestra tele*’, transmitido por el canal RCN. Con el transcurrir del tiempo, descubrí que sería mejor que en esta colección de perfiles quedaran condensadas las vidas de actores con historia y peso, actores formados. Todos son reconocidos por su calidad actoral y ese talento es lo que los une. Solo así podría darse cuenta de lo que significa la esencia de un artista de la actuación, pues los ocho actores seleccionados son unos verdaderos magos en la transmisión de sentimientos. Además, varios de ellos son personas comprometidas con la transformación social de su país y le han dedicado buena parte de su vida a la lucha por los derechos de las víctimas y a la búsqueda de la paz.
- Distintos obstáculos se presentaron durante el desarrollo de esta tesis. Uno de ellos fue llegar a los artistas. No tenía contactos previos y empecé desde cero. A pesar de que con paciencia fui llegando a cada uno de ellos, quedaron algunas frustraciones. Por ejemplo, la actriz Luces Velásquez nunca pudo ser contactada por diversas razones: viajes, compromisos familiares o la muerte de una mascota fueron siempre impedimentos para recibirme. Además, noté que como los actores tienen un ritmo de vida tan distinto al resto de los mortales, su manera de concretar citas es bastante particular. Si yo los llamaba a las nueve de la noche y les preguntaba si podían atenderme al día siguiente,

debía estar preparada para que me dijeran que sí, pero a esa misma hora así me viera obligada a quitarme la pijama y salir de las cobijas.

- Algunos de estos perfiles fueron publicados de manera impresa y digital en *El Espectador*: Santiago García, Fabio Rubiano, Patricia Ariza y una versión distinta de Flora Martínez ya vieron la luz a través de este medio. Todos fueron editados para acomodarlos al formato de *El Espectador*. La historia de Carlos Muñoz también fue publicada previamente en la revista Directo Bogotá de la facultad. A través de la exhibición de los trabajos en la plataforma digital del periódico, me encontré casi siempre con una retroalimentación positiva de los lectores. El más visto, a pesar de ser el más alejado del mundo de la farándula, fue el de Santiago García. A la fecha tiene 2229 compartidos en redes sociales, según el medidor de la página del diario.
- Definir el estilo de escritura de cada uno de los perfiles fue un proceso dispendioso. Lo más importante para mí siempre fue que cada uno diera cuenta del ser humano. Que el lector pudiera encontrarse con un relato de la vida, que con las emociones del actor descrito pudiera identificarse cualquiera. La literatura que he consultado desde niña y en especial los autores del “Boom Latinoamericano” influenciaron directamente la manera en la que se redactaron cada una de las historias. Elegí la segunda persona en el perfil de Santiago García, es decir, opté por escribirle una carta a él para recordarle todo lo que ha olvidado por el Alzheimer. Con Flora Martínez decidí emplear el recurso de la ironía. Con Enrique Carriazo usé su Tristeza como un personaje más, pues esa Tristeza es el eje de su vida. Con Carlos Muñoz viajé por el tiempo, pues su relato hace parte de la historia nacional. A Fabio Rubiano le construí un texto que se pareciera a su dramaturgia, por eso está dividido en actos, así como las obras de teatro que escribe. La historia de Patricia Ariza está contada bajo la premisa de que su vida es un *performance* y está contada de manera casi lineal, pues todo lo que le ha pasado es emocionante. El eje que conduce el perfil de Alejandra Borrero es su Casa E. Desde allí, desde ese lugar, que es el epicentro de su existencia, está contada la historia. Y con Robinson Díaz el tema es su ‘esquizofrenia’, esa esquizofrenia que lo llevó a actuar y que también lo llevó a la caricatura, un oficio colateral.
- Estar en un medio de comunicación cambia todo. Tuve la fortuna de terminar esta tesis en la sección cultural de *El Espectador*. Llegar a los personajes con el carné de periodista fue mucho más fácil. Eso me hace pensar que los primeros que me recibieron cuando era una mera estudiante, merecen aún más todo mi agradecimiento. Además, este hecho habla mucho del poder del periodismo como visibilizador de realidades y de

todo lo que encierra el nombre de un periódico, de su influencia y su capacidad para abrir puertas.

- El perfil es un género extenuante. Supone un nivel de inmersión que requiere tiempo y dedicación. Para cada uno de los personajes necesité semanas enteras que me permitieran llegar al círculo social, encontrar a sus familiares, amigos y conocidos. La intención de este trabajo nunca fue cuestionarlos, aunque tal vez, sin buscarlo, el texto de Flora Martínez resultó ser crítico. Por eso no están presentes las voces de sus adversarios, de quienes no los quieren, porque me encontré con el ser humano sin necesidad de enemigos. Si se quiere hacer perfiles debe tenerse algo de obsesivo, si no, no es posible estar tanto tiempo pensando en función de un extraño.
- Los actores son fascinantes. En efecto hacen parte de una subcultura única. Su ritmo de vida es muy distinto al de cualquier otro mortal. Están en función de sí mismos todo el tiempo y aunque eso en algunos se manifiesta en egolatría, en otros se manifiesta en sensibilidad. Algunos sorprendieron con su nivel intelectual y su inteligencia y todos son seres de los que uno quiere estar cerca. Derrochan luz.

Bibliografía

Álvarez, L (2010) Siete Veces Pedro. Pontificia Universidad Javeriana. Comunicación Social-Periodismo.

Arce, T. (2008) Subcultura, contracultura, tribus urbanas y homogenización. [en línea] Disponible en: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1669-32482008000200013

Benedetti, J. The art of the actor. (2007) Routledge. Taylor and Francois Group

Dosse. Francois. (2007) en: el arte de la biografía. Mexico. Universidad Iberoamericana. A.C.

Guerreiro, L (2009) Frutos Extraños. Buenos Aires. Aguilar.

Guerreiro, L. (2013) Plano Americano. Buenos Aires. Ediciones Universidad Diego Portales.

Hebdige, D. (2004) Subcultura, el significado. Ediciones Paidós América

Herrscher, R (2009) en: Periodismo narrativo. Santiago de Chile. RIL Editores.

Hoyos, J. J. (2003), *Escribiendo historias, el arte y el oficio de narrar en el periodismo*, Medellín, Universidad de Antioquia.

Kapuscinski, R. (2007) Mi encuentro con el otro. Barcelona, Anagrama

Londoño, J. (2005) Nuestros ídolos. Retratos no autorizados. Bogotá D.C, Norma.

Quesada, B. (2011) Aproximación al concepto de alteridad en Lévinas. Propedeútica de una ética como filosofía primera. [en línea] Disponible en http://www.uned.es/dpto_fim/InvFen/InvFen_M.03/pdf/25_QUESADA.pdf

Restrepo, F. (2013) Nunca es fácil ser una celebridad. Bogotá. Planeta.

Salcedo, A. (2012) El oro y la oscuridad. Bogotá. Aguilar

Schwob, M (1896) Vidas Imaginarias. Buenos Aires. Centro Editor de América Latina.

Talese, G. Frank Sinatra está resfriado. [en línea] Disponible en <http://www.letraslibres.com/revista/convivio/sinatra-esta-resfriado>

Zweig. Stefan. (1920) En: Obras completas. Biografía de Mariá Antonieta. Acantilado

